

AGUSTIN PASTORIZA



Editorial: A. KAPELUSZ & Cia.

BARTOLOME MITRE 1242-48

BUENOS AIRES

l A 9
49



00078792

Queda hecho el depósito
que marca la ley 7092.

29.281

SUPÉRATE

Libro de Lectura para las Secciones Superiores
de las Escuelas de Adultos

POR

AGUSTIN PASTORIZA

Aprobado por el Consejo Nacional de Educación



EDITORIAL A. KAPELUSZ & Cía.
BmÉ. MITRE 1242-48 — BUENOS AIRES

1932



*C.R.
C.N. de E.
Exp: 2852-B*

134X294

PROLOGO

Un libro de lectura para las escuelas de adultos, debe reunir características exclusivas, para que responda a la finalidad propia a que se lo destina.

Hasta ahora, veníanse utilizando, a falta de textos especiales, los mismos que se usaban para los niños de las escuelas primarias. Y así producíase el contraste de que, cuando mejor era un libro de lectura para los niños, tanto peor resultaba puesto en manos de los adultos. Estos frutos opuestos no pueden causar extrañeza a un educador, dado que todas las cualidades que hacen recomendable un libro infantil, por su rigurosa interpretación de la psicología propia de la primera edad y por el sentido ingenuo y simplista que se da a cada lectura, truecánse en defectos graves cuando se violenta la personalidad de los adultos, constriñéndolos a leer lo que sólo puede interesar a los pequeñuelos.

Quejámonos de que las aulas de las escuelas nocturnas están semivacías, de que las inasistencias adquieren porcentaje desanimador. ¿Y no será la causa la de que aun no hemos llegado a interesar al adulto, penetrando en su alma, respetando su personalidad y fortaleciéndola?

Es necesario reaccionar contra esa promiscuidad contraproducente, que pone un libro pleno de láminas primarias en manos de un adulto, que no sólo no deja ninguna enseñanza útil, sino que hasta causa rubor a los hombres de edad proveya cuando deben imitar el tono, la voz y animar las escenas de los tiernos protagonistas que en esos trozos aparecen.

Las mismas razones que obligan a un autor a estudiar con prolijidad el alma del niño, para presentarle un texto donde gradualmente se venzan las dificultades fonéticas, se

interpreten los programas de cada grado y se siembren los preceptos morales más útiles a la primera edad, son también las que deben influir en el ánimo de quien escribe un libro para los adultos, llevándolo a ajustarse con toda exactitud a su nuevo tipo de educando, el adulto, diferenciado por tan múltiples cualidades como contrastes puede haber entre un chico y un hombre.

No enseñemos a los padres en los mismos textos de lectura en que aprenden sus hijos; pues aparte de la aberración psicológica que esa forzada igualdad supone, hay también razones morales para rechazarla, dado que los unos están en la edad por excelencia de recibir consejos y a los otros hay que prepararlos para que los den...

Las dificultades son arduas. Quien escribe un libro de lectura para adultos, no puede seguir ajenas huellas, porque no existe bibliografía argentina al respecto, lo que obliga a crearlo todo, sin poder realizar el útil cotejo de valores entre la propia y la extraña experiencia.

Al escribir el presente texto erigir en ideas directrices las siguientes:

1ª Estudiar la personalidad del adulto escolar, a fin de que el libro de lectura sea un trasunto de su vida, en el aula, en el hogar, en el taller, en la sociedad, en las diversiones, en las prácticas del civismo, en la actividad gremial y en los ideales de superación que debe perseguir.

2ª Considero que un libro de lectura para adultos tiene una misión trascendentalísima como factor de cultura nacionalista. Los alumnos, por lo general, abandonan las aulas primarias, en el mejor de los casos, a los catorce años, para lanzarse solos a la lucha por la vida. Desde entonces, el Estado únicamente tiene oportunidad para influir en su educación en el breve tiempo que el adulto cumple el servicio militar y en las aulas de las escuelas nocturnas. Y con respecto a los extranjeros, estas escuelas constituyen la única institución pública en que el Estado se pone directamente en contacto con ellos, para inculcarles los principios vitales que definan su situación y les señalen el papel que están llamados a desempeñar en el seno de la patria adoptiva.

3ª En este libro trátanse los problemas palpitantes que se debaten en el ambiente argentino, en cuya solución

están empeñados gobernantes, estadistas, parlamentarios, y que la escuela, más que nadie, debe contemplar para contribuir con su poderoso ascendiente a la consecución de ese soñado ideal de felicidad pública.

4ª Es una obra de amplias vistas. No quiere que el adulto sólo sepa leer, escribir y contar. No limita su anhelo a ese mínimo exigible, que sería el adulto no analfabeto. Sus horizontes son más vastos: lo incita en todas las formas a que perfeccione sus conocimientos teóricos y prácticos, despertándole el espíritu de empresa, a fin de que sea un alto y provechoso exponente en la economía social.

5ª Según las estadísticas publicadas por el Consejo de Educación, los alumnos de las escuelas de adultos trabajan casi en su totalidad durante el día y por la noche concurren a las aulas. De ahí que este libro tome al obrero, que es el adulto escolar por excelencia, para plasmarlo de acuerdo a un molde superior de artífice manual, de ciudadano y de patriota. Que no se envíe en el juego que enferma el alma del trabajador; que practique la higiene de su oficio; que tenga casita propia; que fíe en el milagro del cooperativismo; que lea el buen periódico; que adquiera nociones básicas sobre Legislación Obrera; que intelectualice su profesión hasta elevarla al goce espiritual. Enséñale qué recursos ha de poner en juego para defenderse en las crisis del trabajo; cómo debe buscar la felicidad en las tareas rurales y no hacinándose en las grandes ciudades; qué concepto debe tener de la economía y del ahorro; cuáles inventos deben preocuparle; qué preceptos de higiene social está en la obligación de practicar; cómo, en fin, debe ducar su alma para hacerla más bella y justa.

6ª Según el informe elevado por el Consejo de Educación a fines de 1924, asistían a nuestras escuelas de adultos 6.430 extranjeros, y a las escuelas primarias más de 10.000 alumnos no argentinos, cifra que aumentó en mucho desde esa fecha a esta parte. Este dato me preocupó, al punto que dediqué lecciones especiales, encaminadas a asimilar a los extranjeros, incitándolos al respecto a las instituciones, a que obtengan la carta de ciudadanía, aprendan nuestra lengua y formen una familia argentina.

7ª Este libro es patriótico, netamente argentino; interpreta y sirve la hora actual. Su nacionalismo se evidencia

hasta en la parte pictórica, siendo la primera vez que un texto de lectura hace justicia a los grandes pintores argentinos, presentando sus famosas telas y no las de los extranjeros, para que sirvan de educación artística a la juventud de su patria.

8ª He preferido escribir las lecciones a designio, a propósito. En cada una se desarrolla una tesis, no hay lectura por lectura. Reduje en lo posible la transcripción de trozos, pues nunca pueden ajustarse en cuanto a su extensión, vocabulario y finalidades, a un auditorio especialísimo, como es el constituido por los escolares adultos.

9ª Aunque se han consultado con prolijidad los programas vigentes para las escuelas de adultos, no se los sigue en forma rigurosa hasta trocarlos en un chaleco de fuerza que oprima el amplio ideal que anima a este libro. Es que los programas, naturalmente, sólo contemplan y desarrollan con profundidad y detalles las asignaturas madres, Aritmética, Geometría, Lenguaje, Historia y Geografía, dando en cambio un lugar secundario a esa otra faz de la educación que erigió este libro como su misma esencia, y es el estudio del alma del adulto, de su personalidad, de su "yo" en función con la sociedad para ayudarlo a superarse.

10ª Nótese que en las lecciones abundan diálogos reales. Es común que los autores, cuando hacen hablar a sus protagonistas, los presenten amanerados, desnaturalizando las preguntas y respuestas lógicas. Quieren llegar a una moraleja o una conclusión, y para conseguir ese resultado, fingen esos diálogos acomodaticios en los cuales los alumnos no expresan sus naturales dudas y sus propios reparos. Acá, en cambio, los alumnos opinan, preguntan y responden con firmeza y con sinceridad, y de esa discusión surge la verdad final que convence al lector, porque destruyó todos los argumentos contrarios a la tesis triunfante.

Tales son las ideas generatrices que inspiraron el presente libro.

EL AUTOR.



UNA RELIQUIA

Es de noche. El humilde tallercito está alumbrado por una luz pálida. Reina silencio. El padre, en su banco de carpintero, pinta un mueble que debe entregar al día siguiente. El hijo, en una modesta meşita, hace sus deberes. En un rincón hay un cofre antiguo asegurado con pesadas cerraduras.

—Papá — dice el niño señalando el cofre, — ¿qué guardas en ese cajón con llave?

—Curioso, escribe y déjame trabajar.

—Pero, papá, veo que alguna vez lo abres, sacas lo que hay en él y luego te pones triste y meditas.

—Locuelo, estudia.

—Papá, es que entonces yo también sufro. Y aunque cuidas de que no te vea cuando abres el cofre, adivino tu dolor y silenciosamente lloro por ti.

—Calla... calla, hijo mío. Toma un beso y quédate satisfecho.

—No, papá, sé bueno, muéstrame las cosas que guardas allí. Si tanto las amas que te hacen sufrir, quiero conocerlas para venerarlas también.

—Calla, calla, amor mío...

—Papá, me enseñaste la ternura, a llorar por el dolor ajeno, ¿por qué no quieres que lllore por el tuyo? Papacito, ven, ven...

Y mientras esto decía, el niño tomó suavemente de la mano a su padre y lo llevó hasta el misterioso cajón.

El padre, con los ojos húmedos, transfigurado en su emoción, más niño en su ternura que su propio hijo, buscó la llave y abrió tembloroso el viejo cofre.

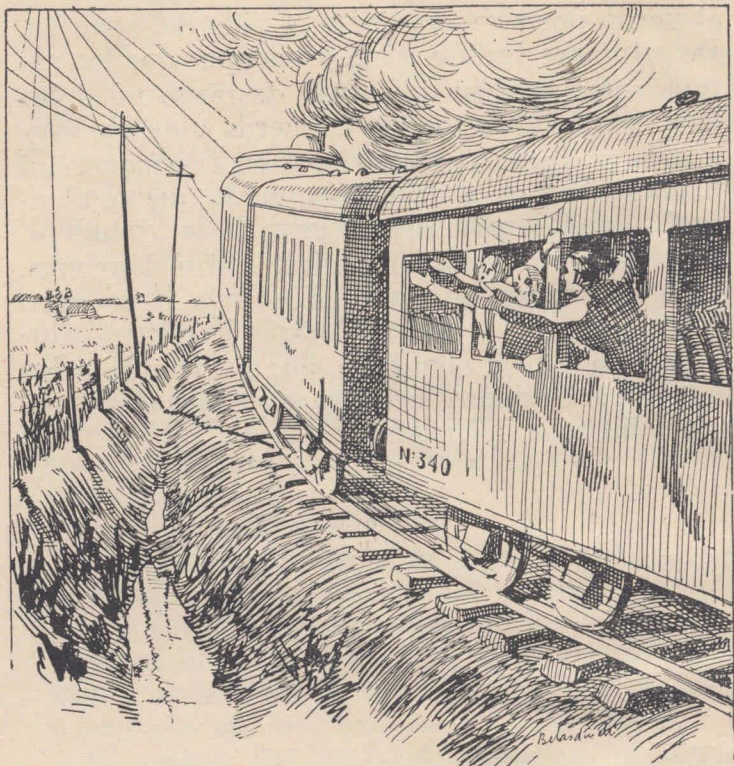
—Mira, hijo, éste es el retrato de mi madre muerta... Aquí están sus últimas cartas... Son pedazos de su corazón todavía amoroso y bueno ante la visión de la partida.

—¿Y este otro paquetito, papá?

—¡Ah, hijo! Este... éste es mi primer libro de lectura, cuando era niño y feliz como tú. En sus páginas amarillentas, mis ojos infantiles se

abrieron por primera vez a la vida del espíritu. De esto hace treinta años, y siempre que los sufrimientos anublan mi alma, descargo mi dolor ante esta reliquia que me recuerda días dulces y queridos. Juan, yo depositaré en tus manos mi primer libro; es toda una herencia que te alentará por el camino del saber y de la virtud.

Y diciendo esto, el padre, entre lágrimas, puso en manos de Juan, *El Nene*, libro cuyo autor, muerto ya, es don Andrés Ferreyra, educador modesto y abnegado, que amó tanto a los niños que de todos sus corazones formó la ternura infinita del suyo.



CARTA

Prov. de Córdoba, Granja "La Casona", 9 de Abril.

Querido Alberto:

¡Cinco años sin escribirnos! ¡Cuánta alegría al hacerlo ahora! Tengo la impresión de que recobro a un amigo. ¡Y qué fué de nuestras vidas durante el largo tiempo que nos separó el silencio? ¡Mis novedades? ¡Y las tuyas? ¡Qué cambios! Otras actividades, nuevos rumbos, di-

ferentes aspiraciones; en fin... vida nueva, ¿verdad? Pero... perdóname, Alberto; con la ofuscación del primer entusiasmo olvidaba anticiparte un fuerte apretón de manos y un abrazo, único saludo que cabe entre dos amigos a quienes une el más sincero de los afectos.

Ahora, después de estas espontáneas manifestaciones de sorpresa y de cariño, pondré un poquito de orden en mis recuerdos, para entrar a narrarte los hechos más salientes de mi vida en los cinco años de separación. Te haré mi historia... Te ríes, ¿verdad? ¡Cáspita! ¡sí! como oyes, te escribiré mi historia, pues la viví y gloriosamente, como un héroe de los verdaderos... Vas a verlo.

Como recordarás, después de haber terminado mis estudios en la Escuela de Agricultura, me ocupé de escribiente en el Correo, con 160 pesos de sueldo. Este fenómeno ocurre con la mayoría de los jóvenes, que antes de resolverse a trabajar en el campo, prefieren la vida cómoda de las ciudades, donde buscan un puesto de oficinista, y si es en una repartición nacional, ¡mejor! Al principio creí haber conquistado el paraíso.

—¡Soy un oficinista!— decía con énfasis a mis parientes y relaciones, con lo que les quería expresar que tenía un sueldo pagado más o menos con regularidad y que apenas trabajaba seis horas diarias, permitiéndome pasar las restantes durmiendo o en el café. Pero mis ideas cambiaron, pues pronto me convencí de que eso no era porvenir.

Mi sueldo no aumentaba y todas las bellas inquietudes de mi juventud morían en ese trajín

monótono y aburridor de oficinista agriado con su propio trabajo.

¿Y cuál era mi única esperanza de liberación? Pues jubilarme después de treinta años de vegetar así. Luego, por causas diversas se echaba a la calle a viejos empleados, amén de que en los ascensos tampoco primaba un concepto de justicia. Vi inmolar a muchas víctimas. ¡No tenía, pues, garantías ni para asegurar mi mal llevada pobreza!

Cansado al fin de esa indigencia decente en que yacía, aparentando holgura económica, si no fortuna, con un sueldo que no alcanzaba ni para costear mis diversiones, escéptico, humillado ante el triunfo ajeno, fruto del espíritu de iniciativa y de empresa, decidí, de una vez por todas, buscar otros horizontes. Para esto me puse de acuerdo con otros dos muchachos, Fanor y Néstor, con quienes hicimos juntos los cursos de la Escuela de Agricultura, pero que obtenido el diploma, tuvieron menos suerte que yo, pues sólo consiguieron ocuparse como dependientes de una tienda. ¡Figúrate nuestra primera entrevista! ¡Eramos tres carbonarios! Los tres descontentos, hartos de una vida monótona y sin alicientes. Riéndonos la apellidábamos “la pobreza por mensualidad”... Ellos tenían un patrón, yo un jefe... Nos animaban idénticas ansias de renovación; ¡luchar! ¡triunfar! ¡Independizarnos para ser felices! La ciudad nos ahogaba! Jóvenes, fuertes, sólo nos faltaba la resolución para conquistar el éxito!

Así, infundiéndonos mutua fe, fijos los ojos en el soñado ideal, trazamos nuestro plan. Los

tres ahorraríamos la mayor cantidad de dinero posible durante seis meses. Luego, renunciaríamos a nuestros empleos. Con el capital reunido nos trasladaríamos al campo, para arrendar una quinta y dedicarnos a los trabajos agrícolas. La tierra nos purificará, decíamos, y su labor nos hará amar de nuevo la vida.

El proyecto era magnífico y nuestros padres lo aplaudieron resueltamente, prestándonos su ayuda en dinero, dentro de sus modestos recursos. Así formamos un capital de 2.500 pesos.

Un tío de Néstor que residía en los alrededores de Córdoba, sabedor de la inquebrantable resolución que habíamos tomado, nos ofreció una quinta de su pertenencia, en tierras fértiles y situadas en lugar de fácil mercado para sus productos. La propuesta no pudo ser más oportuna y la acogimos jubilosamente.

Así un buen día, los tres amigos dejábamos Buenos Aires para dirigirnos a Córdoba.

Partimos abrazados, sonrientes, llevando en el alma una fe inmensa en el triunfo. Recuerdo que a la salida del tren Néstor sacaba la cabeza por la ventanilla contemplando el sol que iluminaba con vivos resplandores la ruta que seguíamos.

—¡Muchachos! ¡hermanos! ¡en nuestro camino brilla el sol! ¡A triunfar! ¡A triunfar! Y nos oprimió en emocionado abrazo.

En la carta próxima te narraré el fin de nuestra aventura. Espérala en breve.

Afectuosamente, salúdate:

ENRIQUE.



CARTA

Prov. de Córdoba, Granja
"La Casona", 9 de Abril

Querido Alberto:

Con toda gracia dices que mi carta anterior resultó interminable... porque no dí fin a la narración que en ella comencé; pero bien adivino que la calificas así, porque fué excesivamente extensa. Sabes, Alberto que el entusiasmo es enemigo

de la brevedad, nada de extraño, entonces, que me viera obligado a poner punto final a la carta cuando apenas estaba en el punto de partida del viaje...

Ahora, si ésta, en la que continuaré describiendo nuestro traslado a Córdoba, resultara larga, daré como justificativo, para devolver la broma, que el trayecto de Buenos Aires a Córdoba también se mide por kilómetros... ¡Y bien! ¡A la escena! Imagina tres muchachos viajeros en busca de porvenir. ¡Qué de cavilaciones! ¡Cuántas zozobras! Con decirte que durante todo el trayecto nuestra conversación no tuvo unidad... Por cada afirmación nos asaltaba una duda; por cada hipótesis surgía un nuevo interrogante. ¡Eso no era dialogar, sino



Canciones del pago

Cuadro de Carlos Ripamonte, argentino, existente en el Museo Nacional de Bellas Artes.

BIBLIOTECA
DE MAESTROS

descomponer en mil preguntas un solo arcano!

Nos agradaría el campo? ¿Lograríamos encañarnos con las faenas agrícolas, adaptándonos a los gustos sencillos del labriego, a su sobriedad y virtud? En una palabra, ¿amaríamos de verdad la tierra? ¿Y la tierra, a su vez, como una buena madre, haría el milagro de nuestra purificación?

Cuando el desfallecimiento asomaba, ya en forma de desconfianza sobre la eficacia de nuestras propias fuerzas o como evocación risueña y fresca de todos los halagos de que nos privábamos al dejar Buenos Aires, reaccionábamos, y Fanor espoleaba nuestros juveniles entusiasmos, exclamando:

—¡Resolución, muchachos! ¡Venceremos al destino!

Trabajado el espíritu por tales preocupaciones, llegamos a Córdoba, donde nos recibió el tío de Néstor e inmediatamente nos trasladamos al campo que debíamos cultivar. Las tierras de labranza, abandonadas desde hacía algunos años, habíanse vuelto salvajes. En el centro de ellas, una casita de tres piezas, rústica y medio derruída, hacía juego con el descuido en que yacían las tierras que la rodeaban.

Ese erial era nuestro enemigo. Había que vencerlo. ¡Y se trabó la lucha!

Empezamos por trazarnos un plan de estricta economía. Por lo pronto, ¡nada de sirvientes! Nosotros mismos atenderíamos nuestras propias necesidades, desde el arreglo de las piezas hasta preparar nuestra frugal comida. Al rayar el alba, cada uno entregábase a las faenas agrícolas.

¡Nada de peones! Personalmente, aquí, el uno empuñaba la mancera del arado, mientras los otros, allá, desherbaban, nivelaban, componían los bordes de una acequia o satisfacían las mil sollicitaciones de una tierra ávida de dar todos sus frutos, pero donde todo había que hacerlo! ¡Jamás, en actividades tan variadas, hubo mayor entusiasmo dentro de la más severa disciplina!

Era la disciplina que surgía de un idéntico amor al trabajo.

Sembramos sendos rastrojos de maíz, trigo, avena y alfalfa. El cultivo de una hortaliza mereció nuestra predilección.

Un plantel de seis vacas lecheras fué la iniciación del tambo.

Gallinas, abejas, cerdos, conejos y pavos completaron las bases de la soñada granja.

¡Qué diversidad en el trabajo y, a la vez, qué natural armonía al coordinar las distintas labores! ¡Aquello era la dicha perfecta embozada bajo el capuchón del deber!

De ese trabajo no notábamos el sacrificio del esfuerzo, pues sólo nos quedaba en el alma la alegría infinita con que lo ejecutábamos.

Dar un baño a la afiebrada clueca; apuntalar una rama agobiada por el peso de sus propios frutos; atrapar un enjambre fugitivo de abejas; entretener el apetito del ternero balador con la golosina de la sal; destruir las plagas; distribuir el alimento a los animales; luego, el aporque, el riego, la poda; y después, componer una tranquera, afilar la reja de un arado, coser una coyunda...

¡Aquello era vivir! La fragancia de los cam-

pos, las frescura de las acequias, la maravillosa alegoría de las sierras distantes, la bondad del sol que parecía penetrar hasta nuestras almas llevándoles más claridad, y sobre todo el derecho a contemplar el cielo, a admirarlo a cada instante, hasta extasiarnos y soñar que viajábamos en la navecita velera de una nube que pasaba.

Llegada la noche nos reuníamos los tres amigos, y en tanto apurábamos la sabrosa cena, sazónábamos la crónica del día. Después nos turnábamos en la lectura de algún buen libro, ya para refrescar nuestras olvidadas lecciones de agronomía o bien para dulcificar el corazón con los grandes maestros de la belleza. Así transcurrían los meses. Era una calendario sin domingos, pues había fiesta eterna en nuestras almas, en el cielo y en los campos.

Mientras tanto nuestro trabajo empezaba a producir sus frutos. Llegó la época de las cosechas. El rendimiento no pudo ser más halagüeño: justo premio a nuestro trabajo inteligente. selección de semillas, laboreo cuidadoso de la tierra, riego medido y oportuno, en fin, cada operación hecha a conciencia y con esmero, produjo una cosecha óptima. Desde entonces nuestra prosperidad quedó cimentada. ¡Y pensar que apenas han transcurrido cinco años!

A nuestra granja pusímosle por nombre “La Casona”. Con ello quisimos expresar que al fundarla no nos llevaron ansias egoístas de mercaderes. ¡No! “La Casona” es otro hogar, una prolongación de nuestra casa, un solar edificado con amor y al que siempre conservaremos puro, tranquilo y hospitalario.

La hemos ampliado con nuevas dependencias, introdujimos las industrias derivadas de la leche, el queso y la manteca, perfeccionamos los métodos de explotación y sin cesar hacemos nuevos ensayos, ya para mejorar las razas o para aclimatar nuevos cultivos.

Y bien, Alberto, después de todo esto, ¿persistirás en permanecer de oficinista en Buenos Aires? ¡Pronto, decídetelo!

¡Ven con nosotros! Néstor y Fanor extiéndente brazos amigos. Confío en que la respuesta de esta carta la traerás personalmente. Hay sitio para ti... pues no olvides que “Casona” quiere decir casa grande.

Tuyo, afectísimo.

ENRIQUE.

AHORRO INTELIGENTE

—Hijos míos, ahorrad siempre; haced del ahorro un deber. Con su práctica se alejan los vicios, se mantiene la integridad del carácter y se conserva la sagrada independencia de pensar y obrar nada más que de acuerdo a los dictados de nuestra conciencia.

Tales fueron los últimos consejos del anciano, dirigidos a sus hijos Rubén y Dardo.

Ambos jóvenes escucharon religiosamente la última súplica del moribundo y juraron adoptarla como norma definitiva en la vida.

Los dos eran obreros: Rubén trabajaba en una herrería y Dardo de oficial hojalatero. Tenaces y probos, laboriosos y económicos, intranseguros en el cumplimiento de la máxima que como herencia moral recogieran del padre, fueron ahorrando día a día una pequeña parte del salario que ganaban.

Pasados los años, una vez constataron con sorpresa, que cada uno, separadamente, había acumulado más o menos la suma de tres mil pesos.

Hasta ese momento, Rubén y Dardo se habían llevado siempre en el más perfecto acuerdo, coincidiendo en todas sus obras, gustos y aspi-

raciones. Dijérase que el cariño de hermanos se sobreponía a toda divergencia de opiniones, si por casualidad alguna llegaba a suscitarse entre sus dos almas afines.

Pero después que hubieron contado el dinero, surgió entre ellos una discrepancia seria e in-avenible, siendo la primera vez que los hermanos no hallaron la fórmula conciliatoria y benévola.

—Retiraré mis ahorros para establecer una herrería. Así me independizaré, mejorando mi situación de obrero.

Tal era el pensamiento de Rubén.

—Yo, en cambio, prefiero conservar mi modesto papel de oficial hojalatero y seguir ahorrando centavo a centavo como hasta aquí lo he venido haciendo. Con esto, mi capital estará a cubierto de toda contingencia, y yo, asegurado perennemente contra las asechanzas de la miseria.

Con tales palabras Dardo replicó las razones de Rubén.

Los dos hermanos creían interpretar honestamente la última voluntad del padre, no obstante esa manifiesta diversidad de criterio para reglar la vida en lo sucesivo. Y firmes en sus respectivas ideas, cada uno obró a su manera.

Rubén estableció su herrería para trabajar por su cuenta. Laborioso e incansable, económico siempre, pronto le sonrió la fortuna. Con claras vistas sobre el desarrollo del negocio, adquirió nuevas maquinarias, aumentó el personal y amplió el radio de sus actividades.

Casado ya, y cuando el hogar le demandó mayores gastos para costear la crianza y educa-

ción de sus hijos, pudo afrontarlos con éxito, porque sus ganancias eran fuertes y promisoras aún de mayor prosperidad. Sus tres mil pesos se habían multiplicado muchas veces.

Dardo, por su parte, siguió en su secundario papel de oficial hojalatero, ahorrando penosamente y con crecientes sacrificios. Cuando tuvo que formar su hogar comprendió que su salario no había aumentado en proporción a los nuevos gastos que su estado le demandaba. Todo ahorro le resultaba imposible, pues hacerlo hubiera equivalido a una privación, a una mezquindad para consigo y los suyos. Guardar al precio de la necesidad y del hambre era degenerar en la avaricia. Dardo tuvo que resignarse a suspender su ahorro en adelante, dejando paralizado en el banco el capital que hasta entonces había acumulado, y que por cierto era muy inferior al de Rubén. En verdad que con él tenía un seguro contra la miseria, pero de nada le había servido para mejorar sus condiciones diarias de vida y desembarazar su porvenir.

Lo que a Dardo, les pasa a muchos obreros argentinos. Es el mal que padecen nuestros trabajadores. Cuando no se lanzan a la disipación y al despilfarro, ahorran, pero sin el verdadero concepto del ahorro útil.

La cuestión no es guardar a ciegas e indefinidamente, sino hacerlo dentro de un límite prudente, hasta poder dar empleo reproductivo a ese capital, transformándolo en factor de independencia, de iniciativa y de empresa.

Si todo el dinero muerto por el pequeño ahorro, inmovilizado en las arcas bancarias, se entregara a la circulación, para incorporarlo a la industria

o al comercio, emancipando al artesano o trabajador rural, ¡cuántos bienes recogería la patria!

Así nos libraríamos en parte de la tiranía del capital extranjero, que en forma de empréstitos reclamamos sin cesar, cuando nos sobran riquezas en nuestra propia casa.

Todo argentino que sienta hondamente el amor a la patria, debe propender a su prosperidad y riqueza mediante ese ahorro inteligente y reproductivo, aplicado a la acción y al trabajo.

LA FLOR DEL AIRE

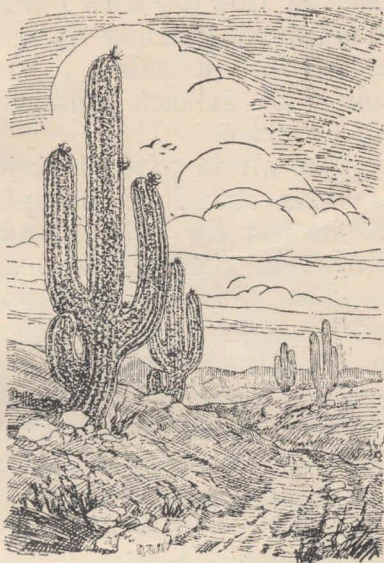
Es la flor simbólica de nuestros campos del Norte. Los paisanos la consideran como el signo de la pureza, por su blancura, sencillez y suavísimo perfume.

La planta que la produce es una pequeña parásita, que crece sobre la corteza de los árboles, en los cuales interna sus raíces para alimentarse con su savia. Las hojas de la planta tienen la forma de tentáculos leñosos y agudos, dando la impresión de ser una mano de muchos garfios que se crispara para defender el tesoro de la flor.

Los ingenuos campesinos creen que esta flor se nutre del aire y bebe el rocío de la noche, pues al verla tan delicada y sensible la acercan a las cosas del cielo.

De ahí su nombre: flor del aire.

Las áridas llanuras de las provincias andinas presentan una vegetación rala y mezquina. El cardón, el quebracho, la jarilla, el tala y las otras plantas regionales muestran sus ramas escuetas y despobladas, sin flores y sin hojas que las vistan. Y es precisamente sobre ellas donde



nace la flor del aire para hacerles la dulce caridad de su gracia y de su perfume. Se diría que la naturaleza, sabia y buena, prende esta flor sobre los árboles mustios para animarlos con una sonrisa.

¡Qué alivio para el viajero durante la penosa travesía cuando contempla las flores del aire, decorando los achaparrados arbustos con una pincelada amable y simpática! Al verlas, alargándose sobre la esfera espinosa de la planta que las protege, parecele que fuesen tímidas tórtolas asomando el blanquísimo cuello desde el nido amigo.

Esta flor es legendaria. Va unida a los recuerdos más tiernos y a los afectos más hondos de las gentes provincianas.

—Madre — dice el niño, — hoy anduve por el campo, ya florecieron las primeras flores del aire. Junté este ramo, tómalo...

—Hijo, hoy iremos al cementerio para adornar la tumba de Jaimecito. Ellas lo alegrarán.

Cuando un hijo de provincia abandona por primera vez el querido hogar para dirigirse a Buenos Aires a continuar sus estudios, la madre, como símbolo caro y santo de su amor, suele enviarle una flor del aire en sus cartas.

Es la flor simbólica. Mirada de Dios en los campos y corazón de madre en la ausencia.

“EL ADULTO”

La escena pasó en una escuela nocturna.

—Señor maestro — dijo Ernesto, — a los alumnos de este grado se nos ocurrió una idea, sobre la cual queremos consultar a usted, para llevarla a la práctica.

—Para todo buen propósito tendré una palabra de aliento y un consejo útil. Cuéntenme de qué se trata — contestó el maestro picado por la curiosidad.

—Es que me ruboriza confiarle nuestra iniciativa — repuso Ernesto, entre indeciso y avergonzado. Es toda una pretensión, una osadía, pero de cualquier manera, ahí va, señor, sin más ceremonia... ¡Queremos publicar un periódico!

—¡Magnífica idea! ¡Que madure pronto! ¡Manos a la obra! — aprobó el maestro entusiasmado.

—Así tendremos un nuevo “órgano” y se hará más difícil el estudio del Cuerpo Humano — interrumpió picarescamente Juan.

—¡Oh! nuestro periódico será un gran rotativo, dará vuelta nada menos que por toda el aula — agregó Pedro en tono jocosó.

Oswaldo, obrero albañil de unos veintitrés

años, se puso de pie, y con voz serena y resuelta, dijo:

—Señor maestro, privadamente, entre compañeros, hemos conversado con interés y cariño sobre la iniciativa. Desde hace un mes venimos cambiando opiniones para realizar con seriedad y tino nuestro acariciado ideal. Todo lo hemos previsto, discutiendo cada detalle de la empresa con la dedicación más minuciosa y prolija. Hoy le confiaremos el plan de nuestra obra esperando que usted dé sólidos cimientos a nuestro castillito azul.

—Todo dependerá de ustedes para que el propósito quede en travesura o pase a ser un motivo de labor educadora y útil — contestó el maestro.

—Hasta bautizado está — continuó Osvaldo — nuestro periódico se llamará “El Adulto”.

—Hemos elegido como director a Edmundo, que fué el autor de la idea. Trabaja como obrero tipógrafo, y usted sabe, señor, que es inteligente y que tiene gran afición por los periódicos. El nuestro será manuscrito, constará de dos hojas y aparecerá todos los sábados.

—Será tan festivo que anticipará el domingo — dijo Juan, gracioso y ocurrente.

—¿Y cuántos ejemplares se editarán? — interrogó el maestro.

—No habrá más que un número, es decir... será un número “extraordinario” — insistió Juan, siempre oportuno y sutil.

Osvaldo continuó:

—Constará de varias secciones. Ante todo, un artículo de fondo, comentando el acontecimiento escolar más importante de la semana. Ernesto,

a quien le gusta borronear versos, dice que publicará los suyos. Jaime, que trabaja en una casa de rotograbados, se encargará de ilustrarlo con caricaturas y dibujos, por los que demuestra mucha dedicación.

—Señor, no pueden faltar los chistes de Juan que son tan ingeniosos y medidos — interrumpió Luis, que era de un espíritu vivaz y ágil.

—Además, — continuó Osvaldo — nuestro periódico servirá de estímulo a los actos generosos y a los triunfos de la inteligencia.

—Publicaremos las mejores composiciones que se hagan en la escuela, resolviendo a la vez los problemas o respondiendo a los cuestionarios que ofrezcan dificultades dignas de esclarecerlas. Ese es, en síntesis, nuestro programa, señor.

—No puedo sentirme más satisfecho por el noble propósito que persiguen — respondió el maestro. — El plan de trabajo revela sensatez y previsión. Pero entre los asuntos que se proponen tratar, encuentro un vacío, por olvido, quizá. Me refiero a que el periódico también debe juzgar las malas acciones de los alumnos, criticando sus faltas y errores con toda nobleza y equidad.

Eso les formará un espíritu justo e íntegro. Yo, como maestro, respetaré la libertad de opinión, pero espero que nunca declinarán la responsabilidad de los juicios que emitan. Quiero hacer de esta escuela una pequeña república, donde, como en la grande, haya alabanzas y sanciones de acuerdo a la moral y a la justicia estrictas.

¡Y bien, muchachos! El sábado próximo espero leer “El Adulto”.

—Señor — dijo Edmundo, — le tenemos asig-

nado un puesto en el periódico: usted será el censor para juzgar de la conveniencia de las publicaciones.

—No, mis queridos amigos; quiero que el periódico sea obra de ustedes, que opinen con franqueza y practiquen con libertad esa bella disciplina del espíritu.

—Pero, señor — insistió Edmundo, — siempre su consejo será útil...

—¿Y nuestras faltas de ortografía? — preguntó Juan con risueña ingenuidad.

—Bien — dijo el maestro, — cuando tengan opiniones encontradas o duden sobre la veracidad de un hecho o de la conveniencia de una crítica, llámenme como a un padre y yo les daré mi fallo desinteresado y justo.

Así terminó aquella conversación entre maestro y alumnos.

Desde el sábado siguiente, y sin interrupción durante los restantes del año, apareció “El Adulto”.

El maestro solía decir emocionado:

—Es mi orgullo de educador. Esa hoja manuscrita es la segunda escuela en la que estoy formando una juventud de justos y de artistas.

CÁNTAME TU CANCIÓN

Fué muy largo este día. Estoy cansada
Y algo enferma también; mis sienes arden.
Compasiva almohada, hoy debes serme
Algo así como el seno de una madre.

Generosa almohada, donde apoyo
Mi abatida cabeza noche y tarde,
¡Cuántas veces probaste la amargura
De mi llanto furtivo sin quejarte!...

Séme blanda, almohada compasiva,
Necesito dormir: mis sienes arden.
Cántame tu canción para que duerma;
Soñaré con el seno de mi madre.

VICENTA CASTRO CAMBÓN.

(Poetisa ciega).

(De su libro *Rumores de mi Noche*).

EL OBSEQUIO

No exageraría quien, refiriéndose a la casa de doña Teodora, la comparase a una pequeña sucursal del Jardín Zoológico. En efecto, esta señora tenía una verdadera manía por los animales. Criaba un perro, al que hacía dormir a los pies de su cama, porque según ella, la preservaba del reumatismo. Cuidaba un loro pruebista, el que se las pasaba en su aro de hojalata alternando la charla con las cabriolas. Un gato negro, roncador y perezoso, ovillaba su sueño en una silla. Tampoco era raro que una gallina pusiera su huevo diario sobre su almohada, o que al mover un cesto de la esquina de su dormitorio, se esponjara renegando una clueca que empollaba su nidada. Una chuña vocinglera, desde el tejado, repetía sus estridentes gritos, sirviendo de fastidio a los pacíficos vecinos. Las palomas, asentándose en el respaldo de las sillas o anidando en los tirantes de los techos, eran también sus infaltables huéspedes.

Como se comprenderá, nada se conservaba aseado en esta casa. ¡Y cuántas incomodidades debía sufrir doña Teodora con los animales! Para sentarse a la mesa tenía que empezar por limpiar la silla y luego repartir un poco de carne

al gato pedigüeño y al perro que se refregaba a sus pies, amén de la sopa de pan y vino para el loro, pues si tardaba en darle su ración, le recordaba desde su aro:

—¡Ya es hora, Teodora! ¡Ya es hora!

Y si alguien llegaba de visita, ¡qué apuros para doña Teodora! Retaba al perro que era el primero en recibir amenazador al recién llegado, luego espantaba la chuña, que desde el tapial, daba su desconfiado alerta; no siendo raro que, en lo mejor de la conversación, la visita brincase asustada, ante el imprevisto cacarear de una gallina que saltaba anunciando su primera postura.

Una vez doña Teodora enfermó de la piel. El médico le dijo que la había contagiado el gato, al que siempre tenía en su falda, haciéndole mimos y arrumacos.

—¿Por qué no se deshace de sus animales, doña Teodora? ¡Los tiene muy mal acostumbrados! — díjole el médico.

—Pero, doctor, son mi alegría, mi único entretenimiento... — repuso la aludida.

—Si usted los regala, le prometo obsequiarle un animalito más hermoso que todos los suyos. ¡Su valor es incalculable!

—¿Dice la verdad, doctor?

—Mi palabra comprometida vale por un juramento sagrado — repuso el médico con aplomo.

Ante esa seguridad, y fantaseando sobre el valor y la curiosidad del raro obsequio que recibiría, doña Teodora empezó a regalar sus animales a los vecinos, costándole no poco trabajo que se los recibiesen. Y cuando hubo despoblado su pequeño Zoo, avisó al médico, recordándole

a la vez, la promesa compensatoria.

Al otro día, éste se presentó en casa de doña Teodora, llevando de la mano un hermoso niño de tres años.

—Es un huerfanito. Atendí a su madre en los últimos momentos. Y como no le queda nadie en el mundo, se lo tendrá que internar en un asilo. Recójalo usted, señora, y cuídelo con amor.

Y diciendo esto, el médico besó al niño, lo entregó a los brazos de doña Teodora y se alejó furtivamente.



UN ERROR Y UNA VERDAD

—Soy el que mejor conoce los deportes entre todos los alumnos de esta escuela. Ninguna noticia sobre ellos constituye para mí una novedad — decía con jactancia Miguel.

—Pero, ¿qué significa para ti conocer los deportes? — interrogó Enrique.

—Pues, en “foot-ball”, estar al corriente de los jugadores que componen cada equipo, de los puestos que ocupan en los respectivos cuadros y de las características de la acción que desarrollan. En box, saber quiénes son los competidores más destacados, los títulos que ostentan y las perspectivas de las luchas próximas... En una palabra, conocer los deportes quiere decir tener opinión segura sobre el valor de los que actúan en ellos y estar capacitado para prever con fundamentos los resultados de un encuentro a realizarse.

—Entonces, tu sabiduría en materia de deportes se reduce a muy poca cosa: a aprender de memoria las informaciones de los diarios.

—¡No, amigo! Es que esa pasión por conocer

los detalles más minuciosos no nace sino en quienes asistimos todos los domingos a presenciar un partido de “foot-ball” y en los que no perdemos noche cuando se trata de emocionarnos con un combate sensacional de box.

—Con todo, no percibo las ventajas que obtengas en ver que otros juegan y en aplaudir lo que otros hacen... ¿Dónde está el deporte que practicas?

—Entonces las cuarenta mil personas que vamos a presenciar un partido de “foot-ball”, ¿no beneficiaríamos al deporte sino con la entrada que pagamos?

—¡Ciertamente! ¡Ustedes aplauden, gritan, se apasionan, pero... están sentados!

—No, Enrique, no comprendes la cuestión.

—Pidámosle opinión al maestro; él pondrá las cosas en su lugar.

En efecto, al iniciarse la primera clase, el maestro fué elegido como árbitro sobre la discusión que promovieran Miguel y Enrique.

—Alumnos — comenzó diciendo el maestro — este asunto es de vital importancia y lo aprovecharé para sacar todas las enseñanzas que de él se desprenden. Enrique tiene razón cuando dice que un joven no obtiene beneficio por el hecho de presenciar que otros practiquen un deporte. Y de mucho menos provecho resulta esa vana erudición que consiste en conocer las causas por las que un jugador pasó de un club a otro, en distinguir las rayas de cada uniforme o llevar en la memoria los resultados de los partidos jugados un año atrás. ¡Nada de eso! En cambio, quisiera que todos ustedes asistieran a los campos de deportes para adiestrar el cuerpo, ve-

lando por su salud y fortaleza por medio de la carrera, el salto, la gimnasia o cualquier otro ejercicio completo. No pretendo, ni lo deseo, que lleguen a ser atletas. El ejercicio metódico y perseverante llena íntegramente su fin higiénico: conserva el vigor físico a la par que alegra el espíritu y lo disciplina. Muchos de ustedes son obreros que trabajan en locales de poca luz y de ventilación escasa, respirando el aire necesariamente viciado por la naturaleza misma de los productos que elaboran; de ahí que en ustedes la práctica de los deportes debe hasta perder el concepto de diversión o recreo, para considerarla como un deber ineludible de propia conservación. Les dirigiré una última pregunta: ¿Quién de ustedes ha hecho el servicio militar?

—Fuí llamado a las filas, pero en el examen médico se me declaró inútil — contestó Pedro, puesto de pie.

—Y bien, en el caso de Pedro está casi la mitad de los ciudadanos argentinos: se los rechaza del ejército, porque su debilidad no les permite ser soldados. Se trata de una verdad dolorosa, que acusa degeneración en la raza y constituye una amenaza para el porvenir de la nación. Practiquemos entonces los deportes, en defensa de nuestra salud individual a la par que por patriotismo, para formar una república robusta, emprendedora y optimista.



FÁBULA CAMPERA

El zorro estaba envidioso del canto de la perdiz. No obstante su ingenio y astucia, no podía imitar el silbo armonioso del ave. Colocaba la boca en mil posturas y luego soplabá con fuerza, pero sólo emitía agudos aullidos que denunciaban su presencia a los perros de la vecindad.

Acobardado de sus inútiles ensayos, el zorro resolvióse rogar a la perdiz que le revelase el precioso secreto de su arte, y díjole haciendo mímica con su sedosa cola:

—Amable perdiz: pretendí imitar los acentos de tu flauta, pero no logré siquiera cambiar el compás de mis aullidos... Enséñame a cantar como tú, y así, juntos, alegraremos la soledad del prado.

Y al decirlo, el zorro cruzó las patitas e in-

clinó la cabeza en un elegante gesto de caballero antiguo.

La perdiz, sabiendo que el zorro era su enemigo, pues muchas de sus hermanas habían muerto víctimas de su apetito, y reconociéndolo además como el salteador de sus nidadas, resolvió aprovechar esta oportunidad para vengarse y respondióle:

—¡Qué suerte! ¡Pronto un inspirado músico se unirá a nuestra orquesta! La dificultad que ahora encuentras para silbar depende de que tu boca no tiene la forma de nuestro pico, pero ese inconveniente quedará subsanado si te dejas coser el hocico, reservando un pequeño agujero, para que al salir el aire produzca el milagro del silbido.

—¡Manos a la obra! — respondió el zorro, acicateado por su ambición de artista.

Entonces la perdiz cortó unas hebras de la corteza del chaguar, que son muy resistentes, para que le sirviesen de hilo; las enhebró en una larga espina que hizo las veces de aguja, y luego, ayudándose con su pico, le echó la costura.

El zorro entre corcovos, quejidos, contorsiones y sentadas, se dejó espuntar el hocico, y cuando hubo terminado la dolorosa operación, salió por los rastros aventándose los fruncidos con la cola.

Luego, venciendo el dolor de las puntadas, empezó a impeler el aire por el pequeño agujero que la perdiz le había dejado, pero después de varios días de ensayo, sólo logró aullar en tono más agudo.

Y lo peor del caso era que el zorro se moría de

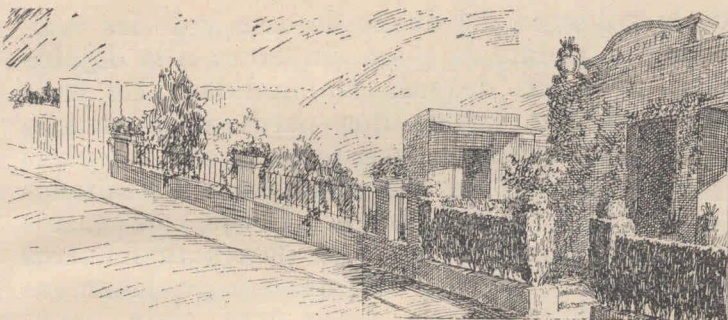
hambre, pues apenas si podía beber agua por el pequeño ojal.

La perdiz, que era de un corazón bondadoso, viendo al zorro que trotaba tristemente por el campo, flaco ya y de pelambre rala por sus ayunos, dispuso dar fin a la broma

Para esto, se escondió en unos pastos que estaban en la senda por donde el zorro venía, y cuando éste llegó descuidado, le voló de abajo, de improviso, desparramando por el aire con su aletazo súbito los mil cristales de su silbo. El zorro, asustado, dió un tremendo ¡guá!, haciendo saltar los hilos de su costura, pero fué tan grande su desesperado esfuerzo, que se le abrió más el hocico, quedando desde entonces tan bocón.

A partir de ese día, cada vez que el zorro ve a un compañero que envidia el vuelo, el canto y el plumaje de las aves, o está quejoso por los dones de que la naturaleza le privó, le dice filosóficamente, frunciendo el hocico para disimular su defecto:

—Aprende a conformarte con lo que tienes y vivirás feliz.



LA CASITA PROPIA

I

—¿Por qué llegas tarde, Enrique? — preguntó el maestro.

—Es que... estaba pintando mi casa, señor...

—¿Cómo? ¿“Mi” casa? Querrás decir la casa que alquilas...

—No, señor; la casita es nuestra. Nos faltan pocas mensualidades para terminar el pago del terreno que habíamos adquirido a plazos. En cuanto a las piezas, las fuimos construyendo una a una y de poco a poco, con nuestros propios recursos...

—¡Qué orgullo cuando te llamen el señor propietario! — dijo Juan con cierta picardía.

—Orgullo, no, señor; pero sí mucha felicidad... Usted no se da cuenta de los inconvenientes que hay en pasar toda la vida en una habitación alquilada.

—Explicanos, Enrique, la ventaja del cambio — insinuó el maestro.

—Antes, cuando alquilábamos, dependíamos

de la voluntad del dueño de casa y de los vecinos. Nos pedían la pieza sin causa o la dejábamos en busca de más tranquilidad. En cada mudanza mis hermanitos perdían la escuela, porque nos íbamos a vivir lejos de ella, mientras que mi padre y yo nos veíamos en dificultades para asistir a la fábrica. Luego, los gastos de la mudanza. ¡Y cómo se destruían nuestros pobres muebles! Se lo aseguro que no daban ganas de adquirir otros, pues para vivir ambulando era preferible no tenerlos...

—Comprendo la felicidad que ahora reina en tu familia, Enrique—le interrumpió el maestro.

—Y hay algo más, señor. Antes, mi madre no ponía una planta, mi padre no echaba una sola palada de tierra, y yo, ni por travesura hacía una mejora de ninguna clase...

—Pereza imperdonable...

—No, señor, no era negligencia. Es que todos nos decíamos: ¿para qué tantos cuidados si mañana tendremos que mudarnos? Ahora... ¡Qué diferencia! Mi casita tiene flores y pájaros. Al fondo una huertita y un bullicioso gallinero. Todo está cuidado y limpio. No es una casa; es un hogar. Hasta pareciera que todos nos quisiéramos más, pues dando gusto de pasar las horas en ella, cada uno la busca como un sitio de recreo y de amor.

—Justo premio a tu perseverancia y previsión.

—Señor... yo creo que el premio nos resultó más grande que el sacrificio. Usted no se figura cómo cambió el espíritu de los míos con la nueva casita. Hoy tienen otro sentido de la vida. Y hasta me atrevo a hacerle esta confesión: pa-

rece que ahora somos más argentinos. Antes éramos nómades en nuestra propia patria; hoy, unidos a su suelo, encariñados con él, tenemos una sensación más viva y honda de la patria.

—¿Y cuál de ustedes tiene casita propia? — interrogó el maestro a los obreros de la clase.

—Vivimos en una habitación alquilada — respondió Ernesto.

—Somos inquilinos de una casilla de madera y cinc — contestó Félix.

—Nosotros estamos en un conventillo — insinuó a media voz Jaime.

Y estas respuestas fueron casi unánimes.

Pero, mientras ellas se sucedían, el maestro observó que Armando, obrero que trabajaba en una herrería próxima, trataba de ocultarse, como para eludir toda respuesta.

El maestro le dijo:

—Párate, Armando; contesta a mi pregunta. ¿Dónde vives?

—No puedo responderle... perdóneme.

—Ánimo, confíate en tu maestro cual lo harías con tu padre. ¡Habla!

—Señor... soy de mucho menos suerte que todos mis compañeros... No tengo ni una buhardilla... El patrón, por ayudarme, me permite que duerma en el taller. Mi familia vive lejos, alquilando una sola pieza que ya resulta chica para mis hermanitos. Los alquileres están caros y no podemos disponer de otra. Sólo los domingos voy a verlos.

Un ejemplo más, doloroso y elocuente, de la necesidad de que todos imiten a Enrique.

Luego el maestro, dirigiéndose a éste, dijo:

—¿Podrías permitirnos que mañana visite-

mos tu casa? Quiero que tu ejemplo eche raíces en la conciencia de todos tus compañeros.

Enrique aceptó gustoso.

Al día siguiente, maestro y alumnos visitaron la casita.

II

Estaba situada en un barrio obrero, sobre terrenos que antes fueron baldíos y que se los remató en lotes y a plazos.

Constaba de tres piezas. Era sencilla y graciosa. Servíale de verja una plantación de arbustos cortados a tijera. Un jardincillo, a la entrada, daba con su sonrisa la bienvenida al visitante.

Las enredaderas cubrían los muros en un abrazo fragante. Bien pintada, bulliciosa como un árbol visitado por los pájaros, todo en ella era sencillez, economía y amor.

—Es un pañuelito — solían decir los transeúntes al contemplarla.

—Es una miniatura sobre una porcelana — exclamaban otros.

—Fresca y fragante como un abanico — observaban algunas damas.

El maestro, después de mostrar a sus alumnos todas las dependencias, haciéndoles notar el fruto del trabajo y de la economía, les dijo:

—Alumnos, no quiero despedirme sin pedirlos nuevamente que imitéis a Enrique. Os seguiré insistiendo hasta hacerme molesto quizá; pero es que quiero que todos seáis felices. Lo alcanzaréis con el pequeño ahorro y la perseverancia.

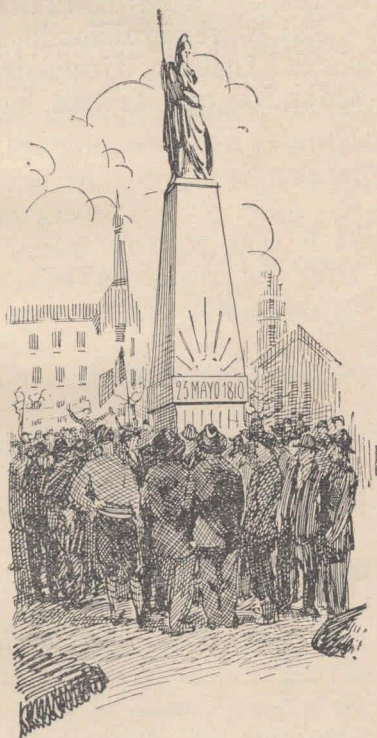
EL DÍA DE LOS TRABAJADORES

El 1º de Mayo ha sido consagrado para celebrar la fiesta del trabajo.

Ella envuelve un homenaje y un reconocimiento para todos los que con su inteligencia y labor propenden a consolidar la prosperidad de la República. El agricultor, el periodista, el artesano, el maestro, el obrero de la fábrica, en una palabra, todos los que honradamente trabajan con el cerebro o el músculo, sin distinción de nacionalidad o clase, tienen en esta festividad su glorificación justiciera.

Es día de amor y de concordia.

Como se rinde culto a los mártires de las religiones y a los



héroes de la historia, así hemos traducido nuestra gratitud hacia todos los obreros anónimos de la grandeza nacional, dándole a su fiesta un sentido humano y fraterno.

Nuestra bandera azul y blanca preside la fiesta de los trabajadores, como el símbolo más exacto de toda aspiración de paz, igualdad y justicia.

En este día la familia argentina abandona yunque, libro, arado y pluma, para reafirmar en forma solemne el más bien entendido amor a la patria, practicado en el trabajo cotidiano y en el respeto a las instituciones y a las leyes.

Tal es el significado del 1º de Mayo. Apoteosis del trabajo, fiesta de unión y de amor entre todos los que labran los destinos de la Patria.

DEPARTAMENTO NACIONAL DEL TRABAJO

Aquella noche, cuando el maestro entró al aula, los alumnos guardaban un silencio sugerente. Ni el dicho travieso, ni la sonrisa que lo premia, nada de la jovial actividad de otras veces, interrumpía esa atmósfera de callada preocupación. Dijérase que el dolor había impuesto en el alma de aquellos treinta obreros su funesta consigna de abatimiento y de amargura.

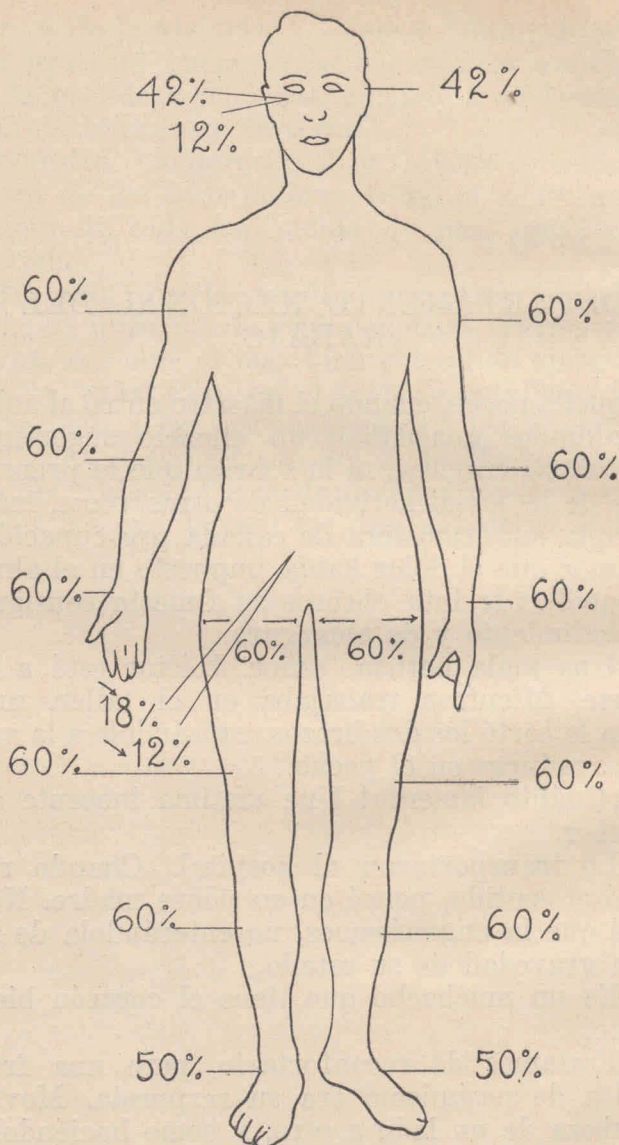
—Una mala noticia, señor. Héctor está a la muerte. Mientras trabajaba en el taller, una sierra le cortó los dos brazos, causándole a la vez desgarraduras en el pecho.

—¡Cuánto lamento! Una víctima inocente de su deber.

—Lo transportaron al hospital. Cuando recobró el sentido, pensó en su pobre madre. Nos pidió que la engañásemos, no enterándola de la suma gravedad de su estado.

—Es un muchacho que tiene el corazón bien puesto.

—Tratamos de reconfortarlo, pero una fría sonrisa de pesimismo era su respuesta. Movía la cabeza de un lado a otro, y como haciéndola servir de índice, señalaba con ella los muñones



El maestro explicará el monto de indemnización a que tiene derecho el obrero según la ley sobre accidentes del trabajo.



Sin pan y sin trabajo

Cuadro de Ernesto de la Cárcova, argentino. Gran Premio en la Exposición Internacional de Saint Louis (EE. UU.), existente en el Museo Nacional de Bellas Artes.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

de sus brazos amputados, rogándonos que no abandonásemos a la madre del nuevo mendigo...

—Durísimo trance. Aun no existe entre nosotros la Ley de reeducación de los inválidos. La visión de un Héctor pordiosero, sería el mejor alegato para que se implantase cuanto antes. Pero, el corazón nos impone sagrados deberes, y Héctor tendrá en Vds., y en mí, los hermanos que necesita para sobrellevar su desgracia. Además la Ley sobre accidentes de trabajo lo protege y cobrará su indemnización.

—Pero para eso necesita pagar abogados, esperar mucho tiempo y tener recomendaciones.

—No, mis amigos. Ni gastos en letrados, ni plazos excesivos, ni influencias personales, nada de eso se requiere para que Héctor obtenga la equitativa indemnización a que tiene derecho. Presentándose al Departamento Nacional del Trabajo se consigue protección eficaz y guía segura. Desde la fijación de la incapacidad hasta el pago de la indemnización, inclusive gastos de farmacia, médico y hasta de entierro en los casos fatales, todo se obtiene gratuitamente mediante esa oficina nacional creada para velar por el cumplimiento de las leyes obreras.

—Los obreros, señor, tenemos recelo a los trámites legales. Ocurre a veces que los patrones nos quedan adeudando cinco o diez pesos, y por no nombrar procuradores, los perdemos.

—El Departamento Nacional del Trabajo tiene una Asesoría jurídica gratuita, donde interpuesta la queja, la oficina tramita ante los patrones el pago de la pequeña deuda, por vía persuasiva, y si no obtiene resultado, asesora al

obrero ante los Juzgados de Paz, redactándole desde el primero al último escrito.

El Departamento Nacional del Trabajo presta otros servicios que Vds. deben conocer para aprovecharlos oportunamente. Lleva un Registro Nacional de colocaciones y tiene instaladas dos agencias gratuitas en la Capital, pues las agencias particulares, aunque bajo la fiscalización del Departamento, están animadas de un espíritu de lucro: cumplen los reglamentos hasta allí donde no pueden violarlos.

El Departamento recibe asimismo toda queja de los obreros, reserva el nombre del denunciante y envía sus inspectores a constatar la transgresión. Ejerce la policía del trabajo. El obrero encuentra allí un ambiente familiar, un espíritu de persuasión y de consejo.

Además el Departamento cumple una misión superior, de efectos más tardíos y menos visibles, pero de mayor trascendencia. Es él quien gesta la legislación obrera; constituye la fuente común donde el Ejecutivo y los parlamentarios acuden en procura de la estadística ilustrativa y de los antecedentes auténticos, propios a nuestro medio. Señala con precisión los resultados prácticos de las leyes existentes y la conveniencia de nuevas reformas.

¡Y qué eficaces leyes se han dictado en la República Argentina para la protección de los trabajadores! Tenemos la Ley N° 4661 sobre Descanso Dominical; Ley N° 9661 sobre Agencia de colocaciones; Ley N° 10505 sobre Pago de salarios en moneda nacional; Ley N° 11.317 sobre Reglamentación del trabajo de las mujeres y menores; Ley N° 10.903 sobre Patronatos de

menores; Ley N° 9688 sobre Responsabilidad por accidentes de trabajo y la ley sobre Fabricación de cerillas que contengan fósforo blanco o amarillo. Todas ellas, así como los reglamentos que las interpretan, tienden a velar por la salud, la cultura y el bienestar de los obreros, buscando siempre su elevación moral y la seguridad de sus intereses.

Pero el Departamento necesita a la vez del apoyo y la confianza de los obreros. Su prestigio pende de la fuerza moral que le comuniquen los mismos que están llamados a disfrutar los beneficios de esta institución. El Departamento carece de imperio, en el sentido que no puede aplicar por sus propios medios las penas que los transgresores merecen. De ahí que debe ser respetado y acatado únicamente por lo que tienen de justas sus soluciones y de trascendental su destino en la sociedad.

—Ahora, volviendo al triste episodio de Héctor, el Departamento acogerá la solicitud del interesado, hasta obtener el pago de la indemnización. Mientras tanto, nosotros seguiremos, paso a paso, la marcha de esa gestión, a fin de que ustedes se ilustren en forma práctica de las disposiciones de la Ley sobre Accidentes de trabajo y de los trámites que corresponden para hacer efectiva su protección.

SIERRA

Nunca vi montañas y ayer contemplaron
mis ojos la sierra por primera vez.
¡Cuánto asombro nuevo para mi ignorancia!
¡De arriba las cosas que se ven!

Por todas las calles la sierra nos mira,
la sierra es un mudo y áspero guardián,
absorta me quedo frente a su belleza,
yo sólo sabía de llano y de mar.

Pero, aunque este recio paisaje me admira,
amo la llanura con hondo sentir:
La sierra es un ritmo que en sí mismo acaba,
la Pampa es un verso que no tiene fin.

MARGARITA ABELLA CAPRILE.

(Del libro *Perfiles en la Niebla*).

BUENOS Y MALOS PERIÓDICOS

—¡Cómo, Juan! ¿Otra vez entretenido con un periódico? Así las clases no te resultarán de provecho — dijo el maestro.

—Es que me divierten las noticias de los diarios, señor; por eso todos los días gasto en comprarlos y hasta sacrifico algunos minutos de las clases para dedicarlos a su lectura.

—Con ese proceder te haces un doble daño, tanto por el dinero que malgastas en adquirirlos, cuanto por lo que pierdes de aprender en el aula.

—En mi casa todos leen diarios y en los tranvías pareciera que son tan indispensables como el boleto... Por eso no encuentro que comprarlos sea una falta, señor.

—A veces, más que una falta, esa costumbre es un vicio. Te lo demostraré. Hay buenos y malos diarios. Los obreros, por carecer de una esmerada cultura y por razones de ambiente, suelen inclinarse por la lectura de los malos. Vamos a ver, en tu caso, Juan... ¿qué llama tu curiosidad en ese diario que lees?

—Muchas cosas, señor — respondió a media voz, Juan, mientras rápidamente trataba de ocultarlo.

—No lo escondas, Juan. Respóndeme con franqueza. ¿Qué es lo que tanto despierta tu curiosidad en él? — insistió el maestro.

—No puedo decírselo — contestó Juan ruborizado.

—Pues bien, lo que tú callas, yo lo diré. El índice de toda esa especie de diarios es el mismo. Narran el último crimen sin ocultar los detalles más espeluznantes, lo que deja huellas funestas en las almas sencillas que los leen. Nunca falta en ellos una caricatura donde se disimula con una pincelada alegre las bajas pasiones que halagan. Traen noticias completas sobre hipódromos y loterías, estimulando esas debilidades humanas con la celeridad de sus informaciones.

¡Y el lenguaje que emplean! La grosería más desembozada en el concepto, junto a la deformación más acabada del idioma, al que pervierten con el uso de voces arrabaleras y expresiones lunfardas.

—¿Y cuáles son los buenos diarios, señor?

—Nada resulta más fácil que caracterizarlos.

Ya verán. Contienen un servicio telegráfico serio y útil sobre los sucesos que ocurren en las naciones extranjeras y en el interior de nuestra República, con lo que hacen de cada lector el centro donde repercute la actividad del mundo. Reflejan momento por momento todas las manifestaciones que componen la vida compleja de la patria, ya en su faz económica, artística, deportiva o política. Sus juicios sobre los hechos de actualidad educan y orientan, siendo la verdadera escuela donde se forma la opinión pública argentina, contienen colaboraciones de los más

afamados autores nacionales y extranjeros. Sus ilustraciones gráficas son exponentes de belleza y arte. En síntesis, al buen periódico lo comparo con un libro sin tapas, de hojas movedizas y curiosas, donde por cada noticia hay una enseñanza puesta al servicio del patriotismo, de la verdad y del arte.

—Entonces, Juan, haría bien en leer tales periódicos...

—Precisamente, a eso quería llegar. Ahora que todos conocen las características de unos y de otros no deben dudar en preferirlos.

Están en el deber de favorecer la buena prensa. Algunos periódicos argentinos son ya admirados en el mundo como verdaderas instituciones patrias. Propendamos a difundirlos, con lo que a la vez de obtener inapreciables beneficios para nuestra cultura, haríamos obra de verdadero nacionalismo.

CIELITO DE LA INDEPENDENCIA

Si de todo lo “criado”
es el cielo lo mejor,
el cielo ha de ser el baile
de los pueblos de la Unión.

Cielo, cielito y más cielo,
cielito siempre cantad,
que la alegría es del cielo,
del cielo es la libertad.

¡Viva la patria patriotas!
¡Viva la patria y la Unión!
¡Viva nuestra Independencia!
¡Viva la Nueva Nación!

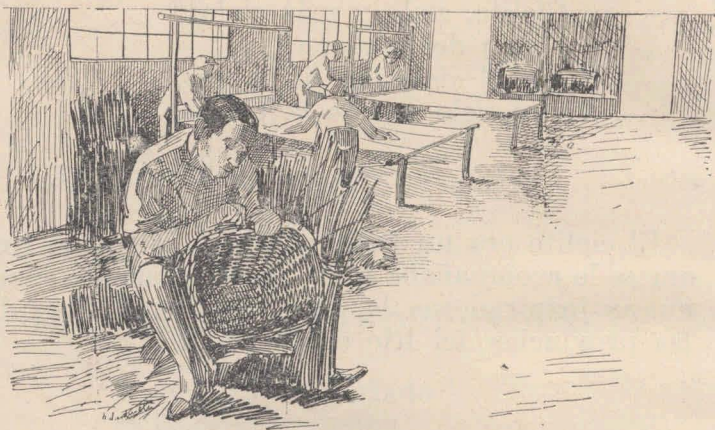
Cielito, cielo dichoso,
cielito del americano
que el cielo hermoso del Sud,
es cielo más estrellado.

El cielito de la Patria
hemos de cantar, paisanos,
porque cantando el cielito
se inflama nuestro entusiasmo.

Cielito, cielo y más cielo,
cielito del corazón,
que el cielo nos da la paz
y el cielo nos da la Unión.

(Pieza anónima de 1816).

El cielito era un baile nacional. El canto con que se lo acompañaba tenía frecuentemente como musas inspiradoras la Libertad y la Unión de las provincias del Río de la Plata.



ESCUELAS DE ARTES Y OFICIOS

Quien visita una escuela de Artes y Oficios recibe una tonificante lección de actividad y de trabajo.

Al ver tanto entusiasmo dedicado a realizar con la mayor rapidez y perfección las diversas tareas, el visitante pareciera avergonzarse de su pasivo papel de observador.

Viénenle ganas, contagiado por el ambiente de afiebrada inquietud, de transformarse también en una célula útil de ese laborioso e incansable colmenar.

El establecimiento, por lo general, divídese en varios pabellones, donde están distribuídos los diferentes talleres. Carpintería, mecánica, escultura en madera, canastería, tejidos, pintura decorativa, en fin, todos los oficios madres y sus especialidades derivadas, tienen allí el respectivo taller con sus instalaciones anexas.

El aprendizaje es teórico y práctico.

El estudio de las ciencias, escogidas racionalmente entre las que presenten mayores afinidades con el oficio que el alumno abraza, fortifica su cultura general, a la par que le allana las dificultades que ha de encontrar en su labor diaria. De esa armonía y complemento mutuo, entre la destreza puramente manual y el principio teórico que la guía y la eleva, surge el técnico completo y el artesano artista.

Los alumnos egresados de las Escuelas de Artes y Oficios se incorporan con positivas ventajas a la vida industrial de la Nación.

La juventud argentina debe ingresar resueltamente a estas escuelas, convencida de los beneficios indiscutibles que le aporta el aprendizaje que allí realiza.

Pero, ¿qué ocurre en la vida diaria con el hijo de una familia obrera? Hasta los catorce años asiste a la escuela primaria, de donde sale para entrar como aprendiz en alguna fábrica. Allí, el muchacho es una especie de peoncito, a quien se lo encuentra útil para toda labor subalterna, desde los mandados hasta la limpieza del taller. Por afición, por curiosidad y realizando un aprendizaje casi puramente visual, aprende después de muchos años su oficio.

¿Y por qué los padres han de preferir que sus hijos sigan este camino penoso, cuyo resultado es dotarlos de un oficio en forma ruda, sin esa imprescindible cultura teórica paralela, que lo eleva y lo espiritualiza, haciéndolo fuente de las más hondas y puras satisfacciones?

Es necesario reaccionar contra esta rutina dañosa que resta eficacia como productor de riqueza al obrero argentino. Para esto, hay que

poblar los talleres de nuestras escuelas de Artes y Oficios, contribuyendo así a que se difundan, amplíen y perfeccionen.

Existe entre nosotros, una especie de desprecio por el trabajo manual, rancio concepto que nos viene desde tiempo de la colonia.

Sin consultar aptitudes, ni interpretar las necesidades del ambiente, ni mucho menos las reales ventajas del porvenir, sobre todo y contra todo, el hijo de familia, aquí, tiene que ser doctor.

Los diplomados han congestionado la República, causando el lógico malestar social que todo desequilibrio aparece. De ahí, pues, que hasta por la garantía de encontrar un campo más vasto y desembarazado para ejercer sus actividades, diferente de la sofocante competencia en que se debaten los diplomados para subsistir, cada joven argentino debe abrazar un oficio.

Nuestra patria entra de lleno a la conquista de su independencia económica, como avanzada etapa de su progreso. Las escuelas de Artes y Oficios, instaladas en cada provincia, en cada pueblo, interpretando las necesidades del medio, sirviéndolas con las materias primas que cada región produce, aprovechando los textiles oriundos, las tintas criollas, labrando las maderas propias del país, valorizando, en fin, todo lo que es nuestro a la par que preparando integralmente al artesano que ha de industrializar esos productos, cumplen una misión trascendental como factor decisivo de nacionalismo.

La juventud argentina, conociendo las ventajas que estas escuelas aportan y el ideal patriótico que sirven, debe contribuir a su progreso y difusión incesantes.

DE LA INMIGRACION

¿Cómo, en qué forma vendrá en lo futuro el espíritu vivificante de la civilización europea a nuestro suelo? Como vino en todas las épocas: la Europa nos traerá su espíritu nuevo, sus hábitos de industria, sus prácticas de civilización, en las inmigraciones que nos envíe.

Cada europeo que viene a nuestras playas, nos trae más civilización en sus hábitos que luego comunica a nuestros habitantes, que muchos libros de filosofía. Se comprende mal la perfección que no se ve, toca ni palpa. Un hombre laborioso es el catecismo más edificante.

¿Queremos plantar y aclimatar en América la libertad inglesa, la cultura francesa, la laboriosidad del hombre de Europa y de Estados Unidos? Traigamos pedazos vivos de ellas en las costumbres de sus habitantes y radiquémoslas aquí. ¿Queremos que los hábitos de orden, de disciplina y de industria prevalezcan en nuestra América? Llenémosla de gente que posea hondamente esos hábitos. Ellos son comunicativos; al lado del industrial europeo pronto se forma el industrial americano. La planta de la civilización no se propaga de semilla. Es como la viña: prende de gajo.

Este es el medio único de que la América, hoy desierta, llegue a ser un mundo opulento en poco tiempo. La reproducción por sí sola es medio lentísimo.

Si queremos ver agrandados nuestros Estados en corto tiempo, traigamos de fuera sus elementos ya formados y preparados.

Sin grandes poblaciones no hay desarrollo de cultura, no hay progreso considerable; todo es mezquino y pequeño. Naciones de medio millón de habitantes pueden serlo por su territorio; por su población serán provincias, aldeas; y todas sus cosas llevarán siempre el sello mezquino de provincia.

Aviso importante a los hombres de Estados sudamericanos: las escuelas primarias, los Liceos, las Universidades son, por sí solos, pobrísimos medios de adelanto sin las grandes empresas de producción, hijas de las grandes porciones de hombres.

La población, — necesidad sudamericana que representa todas las demás — es la medida exacta de la capacidad de nuestros gobiernos. El Ministro de Estado que no duplica el censo de estos pueblos cada diez años, ha perdido su tiempo en bagatelas y nimiedades.

Haced pasar el *gaucho*, el *cholo*, unidad elemental de nuestras masas populares, por todas las transformaciones del mejor sistema de instrucción; en cien años no haréis de él un obrero inglés, que trabaja, consume, vive digna y confortablemente. Poned el medio millón que forma la población media de estas Repúblicas, en el mejor pie de educación posible, tan instruído como el cantón de Ginebra, en Suiza,

como la culta provincia de Francia; ¿Tendréis con eso un grande y floreciente Estado? Ciertamente que no; un millón de hombres en territorio cómodo para cincuenta millones, ¿es otra cosa que una miserable población?

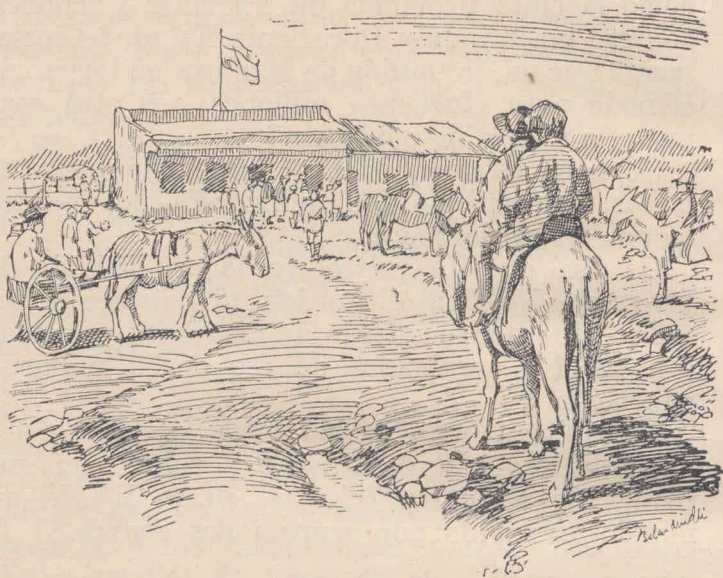
Se hace este argumento: educando nuestras masas, tendremos orden; teniendo orden vendrá la población de fuera.

Os diré que invertís el verdadero método de progreso. No tendréis orden ni educación popular, sino por el influjo de masas introducidas con hábitos arraigados de ese orden y buena educación.

Multiplicad la población seria, y veréis a los vanos agitadores, desairados y solos, con sus planes de revueltas frívolas, en medio de un mundo absorbido por ocupaciones graves.

J. B. ALBERDI.

(De su libro *Bases y Comentarios de la Constitución Argentina*).



UN 25 DE MAYO EN LA ALDEA

En la provincia de Córdoba, enclavada entre montañas, encuéntrase una pequeña aldea conocida con el nombre de Las Palmas. Es pobre y triste... Tiene un camino arenoso y reseco, al que los ranchos le vuelven la espalda, como para defenderse del polvo que levantan el viento y los vehículos. Allí casi nunca llueve y el sol es cruel, de manera que el villorrio no tiene arboledas ni sementeras bulliciosas, que suelen dar frescura y alegría a los pueblitos de campo. Los viajeros pocas veces se detienen en Las Palmas, prefiriendo cruzarla velozmente, cual si huyesen de su desoladora monotonía. Oprimida entre dos montañas, dijérase que hasta éstas rechazan

el destartalado caserío, echándolo sobre el camino guijarroso y áspero.

Pero hay un día en el año en que Las Palmas se viste de fiesta, animándose con alegría viva y extraña. Es cuando celebra el 25 de Mayo.

Desde el amanecer las campanitas de la iglesia repican nerviosas y rientes. El sol, asomándose sobre la cornisa de los montes, rasga la niebla invernal, limpiando el azul del cielo. Las aves esparcen por todos los ámbitos sus cantos clarísimos cual si fueran la voz emocionada de la aldea. ¿Y adónde se dirigen los pobladores de Las Palmas siguiendo las huellas del camino? Hombrés, mujeres y niños endomingados y en confusión agreste, marchan a una apremiante cita.

Es que el maestro de la escuela de Las Palmas ha invitado a todo el vecindario para celebrar el aniversario patrio.

La escolita cuenta más o menos con sesenta alumnos y funciona en una casita blanca a cuyo tope flamea la bandera argentina.

!Qué animación en el patio y en las aulas! Por todas partes murmullo, diálogos, exclamaciones y risas. La concurrencia llega incesantemente. Poco a poco, la escuela se ha ido transformando en un pequeño y pintoresco campamento.

Los alumnos vienen en burritos o en mansos petisos silleros. Vienen de dos, enancados y hasta de tres en una misma cabalgadura. Los más pudientes se presentan en un tilburi.

De pronto un alumno dice a su maestro:

—Señor, Jñancito y Luis aun no han llegado.

—Ya vendrán, deben estar guardando la majada.

—Llegarán tarde a la fiesta.

—El frío y el trabajo los habrán retrasado.

Pasado un momento, Juancito y Luis entran en la escuela. ¡Pobres niños! Vienen descalzos, con los pies lastimados por los filos de las lajas y las ramas de los montes. Miseramente vestidos, el frío les ha amoratado las manos y los labios. Ambos traen sendos ramos de flores silvestres.

—Señor maestro — dice Luis,— perdónenos; venimos desde muy lejos... y además quisimos juntar estas flores para atarlas a nuestra bandera.

Y diciendo esto, ambos entregaron al maestro, con sus manecitas tiritantes, las flores que traían.

El maestro, disimulando sus lágrimas, en un arranque de padre, abrazó fuertemente a las dos criaturas y les dijo:

—¡Benditos sean ustedes, hijos míos! Así se ama a la patria con ternura y sacrificio.

Luego, el maestro hizo reunir a todos los asistentes, que con emoción incontenible entonaron las notas del Himno Nacional. A continuación les dirigió unas sentidas palabras, recordándoles los tiempos heroicos de nuestra independencia, cuando la salvación de la patria estuvo encomendada al hijo de nuestros campos, al gaucho pobre y noble, que sentía intensamente el amor a su tierra y murió defendiéndola.

Al despedirse, todos los asistentes llevaron en el corazón un recuerdo tierno de aquella fiesta en que la visión de la patria apareció pura y santa, tocando las fibras más íntimas de aquellas almas sencillas.

EL COOPERATIVISMO

—La manzana que nos sirvió para modelo de dibujo en la clase pasada se echó a perder, de manera que por hoy la reemplazaremos por otra de yeso — dijo el maestro.

—¡Señor!... Enrique siempre trae una manzana en el bolsillo para comérsela en el primer recreo; dígame que le perdone la vida hasta el segundo, y así tendremos un modelo real — observó picarescamente Ernesto.

—Aprovecharé tu indicación... Préstanos tu manzana, Enrique — insinuó el maestro.

—Señor, desde ayer no traigo más — contestó el aludido.

—¿Y por qué?

—Antes, cuando mi mamá en unión con una vecina, compraban las manzanas al por mayor y directamente al dueño de una quinta, la fruta abundaba en casa. Pero, desde que cada una saca fiado al vendedor ambulante, a razón de una media docena por día, no sólo deben pagar el doble al final de cada mes, sino que mi ración quedó reducida a unas pocas tajadas diarias...

—¡Un ejemplo que es toda una enseñanza! Atención, alumnos, para aprovechar sus conclusiones.

El caso de Enrique es clarísimo. Cuando su

mamá, en unión con la vecina, reunían su dinero para comprar al por mayor y al contado, directamente del dueño de la quinta, habían formado, sin saberlo, una cooperativa. Suprimían el intermediario, que en este caso, era el frutero ambulante, ahorrando para ellas las ganancias que éste obtenía para sí, aumentando el precio. Además, con el pago al contado, obtenían una nueva rebaja, ya que evitaban cargar con el interés que indefectiblemente grava el valor de los artículos cuando se los obtiene al fiado. Y finalmente, tenían una ventaja aun más provechosa, ya que operando al contado, forzosamente debían introducir más orden en los gastos, distribuyendo el dinero con más inteligencia y con un mayor sentido de la responsabilidad.

Una cooperativa de consumo es exactamente el caso que ocurrió a la madre de Enrique, llevado a una escala más vasta.

Supongamos que varios obreros se asocian para fundar una cooperativa. Mediante un aporte módico en dinero, llamado *acción*, formarán el capital. Con ese dinero, la sociedad cooperativa adquirirá al por mayor, al contado y directamente del productor los artículos que los obreros necesitan, como ser comestibles, ropas, etc.

Cada asociado comprará a la cooperativa, al menudeo, esos artículos, beneficiándose con una rebaja considerable en los precios. ¿La causa? Porque suprimen los intermediarios, almaceneros, tenderos, etc., que viven precisamente de las ganancias que obtienen recargando el precio de esos mismos artículos que expenden.

Además, las cooperativas no pagan patentes

ni impuestos, y como tampoco las lleva un espíritu de lucro, no negocian con el consumidor, vendiéndoles las mercaderías al precio ínfimo para cubrir sus gastos indispensables de administración.

¡Cuántas ventajas obtendrían los obreros, los agricultores y los padres de familia, si convencidos de una vez por todas de los bienes que la cooperación aporta, se resolvieran a fundar y sostener con celo y fervor estas sociedades.

El trabajador del campo, que adquiere del “bolichero” sus comestibles, mediante la libreta, sufre escasez y privaciones. La costumbre del fiado, estimula su imprevisión y reduce prácticamente el valor de su salario por el recargo de los precios con que abona cada artículo.

En las cooperativas encontraría la solución para mejorar su estado y superarse.

¡Qué notable progreso moral, social y económico obtendría nuestra patria, si cada alumno se educara en la práctica de estos principios, para actuar después en las grandes instituciones de solidaridad!

En Francia, funcionan con pleno éxito cooperativas mutualistas formadas exclusivamente por escolares. Más de un millón de niños componen las “petites Cavé” (pequeñas Cavé) sociedades así llamadas en homenaje al patriota que las fundara, el senador Cavé.

Cada niño argentino, en la escuela, y cada ciudadano en la vida civil, los obreros sobre todo, deben asociarse a las cooperativas como garantía de bienestar económico y de freno al derroche, dando así una prueba fehaciente de patriotismo honrado.

LA PALOMITA DE LA PUÑALADA

Quien visita por primera vez el Jardín Zoológico experimenta una fuerte sensación de selva. Los animales que lo pueblan y sus gritos discordes dan la nota salvaje y misteriosa. Y hasta allí donde la fronda se desembaraza, ya sea en el claro de un lago o en un retazo de césped, esa impresión de que estamos en plena naturaleza, no cambia, pues vemos al canilludo flamenco con su silueta de muchacho que creció de golpe, o a la liebre asustadiza que raya la hierba en un quite fugaz.

Pero, luego que el paseante domina el estupor que le causa el primer contacto con ese complejo mundo, a ratos feroz, risueño, manso o bello, su espíritu se aquieta, y acude allí donde la curiosidad lo solicita con más imperio. Y no hay duda de que lo primero que lo provoca es la orquesta denodada y resonante de la pajarera, que insta y llama con un frenesí de propaganda.

Y en verdad que la pajarera de nuestro Zoo es a la vez, una sonora caja de música y un dibujo coloreado por un niño a quien se lo dejó a solas con los pomos de pintura...

¡Qué confusión de cantos y colores!

¡Toda la escala en notas y en tintes!

¡Enjambre de voces y plumajes, en movimiento siempre, mezclando el tono agudo y el manchón rabioso!

Allí están los papagayos trapeceistas; los cardenales fulgurándoles la brasa del capelo; los calafates, en manipuleo de telegrafistas, pican y pican el madero; las reinas-moras señoriales; el faisán atildado y pulcro como un paje; el canario que aplaude con su batir de alas la exaltación de su propio canto; el hornero arquitecto; la tijereta, esa suave y casta costurerita del aire; y por fin, llenando todos los claros, ocupando todos los vacíos, parados en una patita como para caber mejor, los gorriones intrusos...

En un rincón de la jaula, substraída a toda bulliciosa alegría, está la “palomita de la puñalada”. ¡Dulce y triste avecilla! Es de un color gris, y cual si tuviera el corpiño entreabierto, deja ver su pecho blanquísimo, donde unas plumas rojas le fingen una viva herida. De ahí su nombre: “palomita de la puñalada”. Sus ojos mansos y buenos le dan la infinita ternura de la inocencia martirizada. No canta, no gime, cual si sufriera con resignación el dolor de su sangrienta herida. ¡Pobre palomita! Tímida y dócil sobrelleva silenciosamente la injusticia de su puñalada sin culpa. A ratos esponja su plumaje y tiembla como en un escalofrío de dolor. Pero, siempre plácida y pura nos mira perdonando...

Yo no sé por qué, al contemplar esta avecilla, se piensa en el sufrimiento de los niños y en el lanzazo de Jesús.

PLURALIDAD DE OFICIOS

Es frecuente el caso de que un obrero se encuentre sin trabajo. Ya por cierre de la fábrica o porque razones de economía obligaron a disminuir el personal, cuando no por huelgas o por motivos de salario, lo cierto es que el obrero suele quedar a menudo sin colocación. En algunas épocas de crisis el número de desocupados alcanza desoladora magnitud.

¿Y qué hará un padre obrero ante el deber sagrado que tiene de contribuir al sostenimiento de su hogar y la absoluta imposibilidad de encontrar trabajo para ganar el sustento necesario?

La previsión, el ahorro, es un medio de afrontar con éxito la angustiosa pobreza que fatalmente sobreviene en la familia del artesano sin trabajo. Las leyes sobre seguros contra la desocupación son también loables ensayos, que las legislaciones de los países más adelantados, han intentado llevar a la práctica, para salvar al obrero de la miseria cuando se encuentre en el duro trance que contemplamos. Los resultados, sin embargo, no son definitivos, como para ver en tal recurso legal, la solución categórica del problema.

¿Cómo, entonces, capacitar al obrero para que siempre tenga trabajo, o cómo alejar la posibilidad de que transcurra mucho tiempo sin que lo encuentre?

Simplemente, enseñándole varios oficios.

Esa pluralidad de aptitudes, hará difícil, si no imposible, que se vea en la calle por no tener donde ejercitar sus múltiples actividades.

Supongamos un mecánico que a la vez sea carpintero. Raramente coincidirán las circunstancias para que en estas dos grandes ramas del trabajo manual no encuentre colocación, o que en ambas a la vez los salarios sean tan poco remunerativos que no basten a satisfacer los gastos normales de subsistencia.

Pero, ¿qué ocurre con la industria moderna? Su colosal adelanto ha creado la especialidad en el trabajo, hasta tal punto, que cada oficio se ha subdividido en mil pequeñas y sutiles diferenciaciones.

Hay obreros que sólo saben hacer la punta de las agujas, como otros que se pasan la vida nada más que colocando los botones de un zapato. Sacarlos de esa especialidad y tendréis hombres inútiles.

Basta revisar los avisos de un gran diario para convencernos hasta dónde la especialidad, la subdivisión del trabajo, ha limitado el campo de acción del obrero moderno.

¡Y qué decir de la mujer! Unas sólo son aptas para coser las tirillas de una camisa y otras para abrir los ojales.

Las que se ofrecen para zurcir medias de seda no son las mismas que piden trabajo como zurcidoras de trajes para hombres.

Y lógicamente, el obrero así constreñido al estrecho radio de una especialización, ha terminado por mutilar su personalidad, perdiendo la eficiencia de una capacidad integral.

Hay otras ventajas en la pluralidad de oficios.

Sabido es que para el obrero que sólo realiza una tarea parcial, una labor fraccionada, el trabajo le resulta de la más agobiadora monotonía. Truécase en el artesano por entregas. En cambio, si dominara más de un oficio, no se sentiría tan esclavo de la máquina, desarrollaría armónicamente todas las aptitudes de que es capaz y tendría más confianza en sí mismo al saberse con más armas para afrontar las luchas por la vida.

Todos los grandes hombres de Norte América, los que han triunfado por sus excelencias en aquella democracia perfecta, han ejercido muchos oficios en su vida.

El obrero argentino debe tener más de un oficio, no sólo como garantía de trabajo permanente, sino también como factor de superación espiritual.

EL OBRERO

Mujer al fin y de mi pobre siglo,
bien arropada bajo pieles caras,
iba por la ciudad, cuando un obrero
me arrojó, como piedras, sus palabras.

Me volví a él; sobre su hombro puse
la mano mía; dulce la mirada,
y la voz dulce, dije lentamente:
—¿ Por qué esa frase a mí? Yo soy tu hermana.

Era fuerte el obrero, y por su boca
que se hubo puesto sin quererlo, blanda,
como una flor que vence las espinas
asomó, dulce y tímida, su alma.

La gente que pasaba por las calles
nos vió a los dos las manos enlazadas
en un solo perdón, en una sola
como infinita comprensión humana.

ALFONSINA STORNI.

(Del libro *Languidez*).

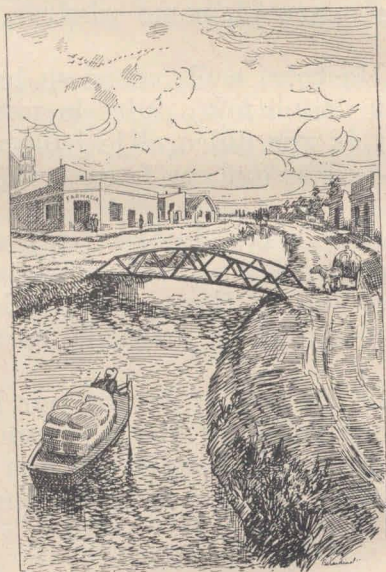
EL PUENTE DE LA ESPERANZA

Al interrogar a los habitantes del pueblo La Ernestina sobre el grado de prosperidad que la villa había alcanzado, sus respuestas expresaban siempre un mismo juicio.

—¡Oh! nuestra villa progresa; le espera un brillante porvenir. Pero mucho más rica sería, si no tuviese el arroyo que con sus crecientes periódicas nos causa tanto daño.

Así respondían algunos vecinos entre optimistas y pesarosos.

—La Ernestina es la más halagüeña de las promesas. Su crecimiento es incesante. Población, edificación, comercio, industria y cultura, todo contribuye a darle ya la fisonomía de una



ciudad. Pero... ¡qué lástima! El arroyo que la cruza, al desbordarse, deja muchas veces incomunicados a los pobladores de ambas bandas, paralizando todas las transacciones e interrumpiendo el ritmo de su actividad laboriosa.

Tal la respuesta que emitían otros, entre confiados y escépticos.

—Canalizar el arroyo y tender un puente: esto es sólo lo que se requiere para que La Ernestina conquiste definitivamente su progreso. Sin el peligro de las inundaciones, ¡cuántas hectáreas se rescatarían para el cultivo y qué útiles resultarían las mismas aguas del arroyo que hoy constituyen una amenaza, si se las distribuyese con método para el riego o se las aprovechase inteligentemente como fuerza motriz.

Tal era el pensamiento de otros pobladores.

Como se ve, no existía disparidad de opiniones; todos concordaban en que La Ernestina, por sus condiciones naturales y por el amor al trabajo de sus hijos, era al presente, la tierra de la dicha cabal, y como promesa, la lisonja misma. Pero entendido: exceptuando el arroyo ¡ese arroyo! eterna pesadilla, fantasma turbador de aquellas buenas gentes. La imaginación popular veíalo como una sierpe tendida, cortando en dos al pueblo, y que por tiempos desanillaba sus crespas olas inundando las sementeras, o tanto hinchaba el lomo, que impedía la comunicación entre los pobladores de sus márgenes.

—¡Un puente! ¡Nos hace falta un puente!

Tal era el clamor de La Ernestina.

Resueltos a buscar solución definitiva a ese inconveniente, reuniéronse los vecinos más caracterizados para deliberar sobre la mejor forma de conjurarlo.

Después de acaloradas discusiones y de ardientes votos de fe en la eficacia del recurso, convinieron en enviar una nota al gobernador de la provincia, solicitándole dispusiera la construcción del citado puente.

El magistrado no tardó en contestar el petitorio en los términos más cordiales, prometiéndoles su decidido auspicio.

Pero, como el tiempo pasó sin que la obra se iniciara, molestos los firmantes ante ese culpable olvido del mandatario, decidieron dirigirse a los legisladores provinciales en igual sentido, destacando a la vez una comisión que comprometiese su apoyo.

La respuesta de los diputados cuya adhesión se encarecía, no fué menos promisoría y grata que la del gobernante, pero... el puente siempre quedaba en el aire.

—Es un puente colgante — decían con malicia los burlados.

Hartos de comunicados y de postergaciones, sin que nunca madurasen en hechos las promesas, los vecinos optaron por tomar una resolución extrema, casi dramática.

—¡Apelaremos directamente al Presidente de la República! ¡Sí! ¡Llegaremos hasta allí!

Pero el primer magistrado también los obsequió con una nota no menos pomposa y halagüeña que las que hasta entonces habían recibido.

—Le llamaremos el “Puente de la Esperanza” — decían irónicamente los vecinos después de larga e infructuosa espera.

—¡Nos lanzaremos a la protesta! ¡Nos oirán! ¡Provocan nuestra rebeldía y la demostraremos!

Y en efecto, pronto hizo crisis la efervescencia popular. Hubo proclamas y se organizó una gran manifestación pública con bombas, antorchas, estandartes, banda de música, letreros alusivos y cálidos discursos.

Pero... pasado el humo y el ruido, el Puente de la Esperanza quedó tan etéreo e impalpable como la ilusión misma.

Entre la desazón producida por la ineficacia de tan sonoras demostraciones, un miembro de la asamblea vecinal, propuso un medio práctico para conseguir que se trocase en realidad el acariciado proyecto. Su idea consistía en que cada vecino pusiese la suma de cincuenta centavos, y con lo reunido, se costeara el gasto que demandase la obra.

La iniciativa fué acogida con franco entusiasmo, y llevada a la práctica, se definió en el más pleno de los éxitos.

Los más pudientes, los comerciantes e industriales, contribuyeron con sumas proporcionales a sus recursos y a los beneficios que obtendrían de esa mejora pública, con lo que la subscripción excedió al presupuesto calculado como necesario para la construcción del puente.

Desde entonces, cuando los vecinos de La Ernestina necesitan una escuela, un camino, un hospital, un nuevo dispensario o cualquier obra de índole social o edilicio, saben que el mejor

medio de obtenerlos es la iniciativa privada, mediante el aporte individual y equitativo de los interesados.

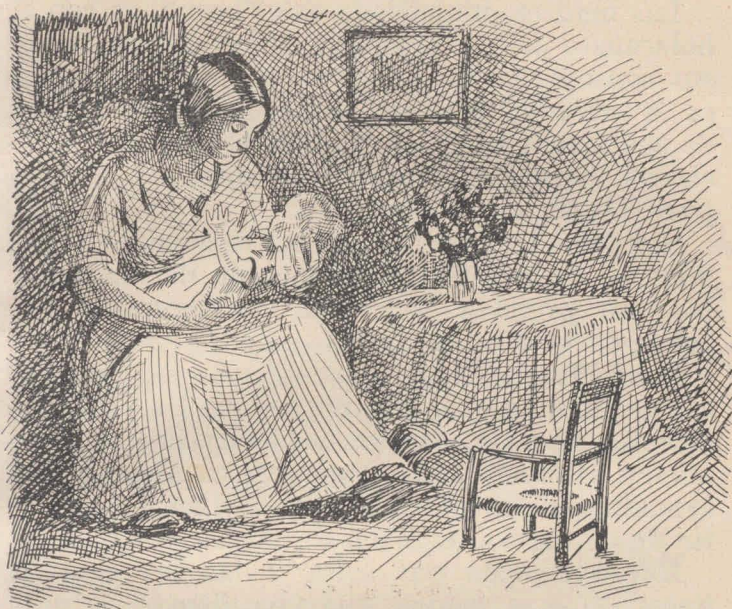
Existe un vicio entre nosotros: el "Puente de la Esperanza". Todo lo esperamos de los gobiernos. Así retrasamos nuestra marcha, paralizando una fuente de valor inapreciable: la iniciativa privada puesta al servicio de las mejoras públicas.



La vuelta del malón

Cuadro de A. Della Valle, existente en el Museo Nacional de Bellas Artes.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



EL DÍA DE LA MADRE

La madre, perfecto símbolo de lo amoroso y de lo puro, ha sido glorificada, consagrándose un día en su homenaje.

Es ésta una recordación justiciera, porque involucra un tributo de respeto a la mujer, que hecha madre, asciende al supremo apostolado del sacrificio y del dolor.

La mujer que sólo reina por su gracia y sus encantos, cumple su misión en la vida, tornándola más bella y más amable; pero es al hacerse madre cuando eleva su destino, perpetuándose en sus hijos y rodeándose de un halo purísimo de sufrimiento y de virtud.

Las madres, imperando en el hogar, ya con el holocausto de sus lágrimas en las angustias, de sus consejos en los extravíos, de su resignación en la adversidad, o con la envolvente seducción de sus ternuras en las horas esperanzadas y dichosas, heroicas, siempre sublimes, son el más puro blasón de la especie.

Son ellas las que forman los insaciabiles sentimientos de justicia en el corazón del mártir y las que prenden la chispa inextinguible que brilla en el cerebro de los genios.

María fué la digna madre de Jesús; los Gracos deben su gloria a la mujer que los educó en el culto de todas las grandes virtudes; y Sarmiento ¿hubiera sido el gigantesco apóstol, con armadura de recio soldado en la lucha, a no latir en el suyo el corazón de su heroica madre?

Reverenciemos por sobre todas las cosas a nuestra buena madre, que vive dentro de nosotros mismos, pues todo lo que somos, en espíritu, emociones y sentimientos, llevan un destello de su corazón excelso.

Recordémonos también de las madres obreras, de las madres pobres, tanto más grandes, cuanto más sufren, para que reciban en este día el fervoroso tributo de nuestra devoción.

UN PREJUICIO

—Desde hace tiempo, observo que no demuestras afecto por la escuela, Armando. Y eso que ya eres un hombre. Muchas inasistencias, pocas lecciones aprendidas y excesivo desgano durante las clases — dijo el maestro.

—Sin embargo, tengo razón en cometer las faltas de que usted me acusa — respondió el aludido.

—¡Dudo de que en toda esta Escuela de Adultos haya otro que opine como tú! Habrá algún negligente, pero ninguno que ose llamar virtudes a sus defectos.

—Si soy un albañil, un trabajador que se gana la vida con este oficio, ¿de qué me sirve la escuela? Con obtener aquí notas de buen alumno, no por eso conseguiré mejorar en mi profesión.

—¿Entonces vienes a la escuela convencido de su inutilidad para auxiliarte en tu oficio?

—Sí, señor maestro. Mis aspiraciones se dirigen a perfeccionarme en mi profesión de albañil para ganar un salario más remunerativo. Por eso creo que mi porvenir no está en los bancos de esta escuela, sino en el aprendizaje práctico y experimental que todos los días realizo en las construcciones donde trabajo.

—¡Cuán equivocado estás, Armando! Nunca lograrás ser un verdadero albañil, inteligente y completo, si ignoras ciertos conocimientos teóricos que sólo la escuela podrá darte. Pondré varios ejemplos para lograr convencerte.

Supongamos que tengas que colocar el piso de un patio, ¿cómo calcularías el número de baldosas que necesitas? Para esto resulta indispensable el conocimiento de las áreas de los polígonos.

—Pero, señor, eso se resuelve a puro cálculo, a “buen ojo” como decimos los obreros.

—Precisamente, el estudio elemental de la Geometría que en esta Escuela realizas, reemplaza la inseguridad de ese cálculo empírico, para darte la certeza absoluta, alejando la posibilidad de todo error.

Ahora, pongámonos en el caso de que necesites conocer el número de ladrillos a emplearse en una pared a levantar; ¿cómo lo conseguirías si no sabes obtener el volumen de los cuerpos? Y si te vieras en la obligación de interpretar un plano para la construcción de una casa, ¿no te resultaría ese plano un dibujo chino, lleno de líneas caprichosas y sin sentido? En cambio, ¿con qué facilidad leerías en él hasta el más mínimo detalle de la casa a levantar si tuvieras conocimientos de Aritmética, Geometría y una simple noción de perspectiva!

—Pero, señor, en las construcciones, yo hago lo que me mandan; trabajo de acuerdo a las indicaciones que recibo. Obedezco y nada más.

—Entonces, eres un autómatas y por eso el trabajo ha de resultarte un verdadero martirio. Si no tienes una idea de conjunto, si no inter-

pretas la labor que realizas, jamás tu alma sentirá la dulce satisfacción de la obra terminada.

Para encariñarnos con el trabajo hay que tener la visión de su belleza total, pues así resultará inteligente, rendidor y sobre todo será motivo de un gran placer espiritual.

Y lo que digo del albañil, lo hago extensivo a todas las otras profesiones.

Los conocimientos teóricos que la escuela difunde constituyen el complemento indispensable del progreso en cada especialidad manual. ¿Cómo podría un electricista, por ejemplo, desempeñar a conciencia su oficio, si no busca en la Física, la ley, el principio, el secreto teórico de los aparatos en que trabaja a diario. Así, un obrero inteligente está muy cerca del inventor, pues su curiosidad, su destreza, y sobre todo su sentido práctico, unidos a una discreta versación teórica, lo colocan en ventajoso plano para aplicar a las necesidades reales sus facultades creadoras.

¿De qué sirve un carpintero que no sabe proyectar un mueble? Él hará su trabajo mecánicamente, cual lo realizaría una máquina, pero nunca su alma estará en juego para dar vida y belleza a su monótona labor.

¡Y pensar que un pedazo de madera puede transformarse en una obra de arte en manos de un artista de la talla!

Todos debéis propender entonces a elevar el concepto del trabajo manual, para que deje de ser pura actividad física, valorizada a un tanto por hora, y que, en cambio, se transforme en fuente de placer estético y en un motivo de per-

feccionamiento constante por el auxilio de las ciencias teóricas afines.

Ahora, sólo me resta pedirlos que cualquier dificultad técnica que encontréis en el desempeño de vuestros respectivos oficios, la traigáis a clase, para que todos, con el debido estudio y dedicación, consigamos resolverla.

Quiero que la Escuela de Adultos cumpla su misión de prepararos para las luchas por la vida, secundándoos en el esfuerzo diario y en las nobles inquietudes del espíritu.

AMOR HACIA AMÉRICA

Entre los nombres con que se han designado algunas escuelas de la Capital Federal, figuran los de cada nación americana. Así, tenemos la Escuela de Estados Unidos de Norte América, Escuela República de Colombia, de Chile, etc.

La ceremonia del bautismo es simple y augusta. El representante diplomático de la república hermana, con cuyo nombre va a designarse la escuela, preside el acto, haciendo gentil entrega de su respectiva bandera patria, para confiarla en custodia al amor de los niños argentinos.

Es una fiesta vivificada por el espíritu de América.

¡Y cómo ondea mansa y dulce nuestra bandera, entrelazada en consorcio amable con un pabellón amigo, entre los cantos de paz que se elevan desde el patio de una escuela!

Eso es servir con el corazón a la causa de la unidad de América. Es formarle un alma, creando el amor continental.

Todo habla de solidaridad en el vasto triángulo de la América Latina.

Ella tiene lengua, religión y un común origen; marcha unida por la misma fe en las con-

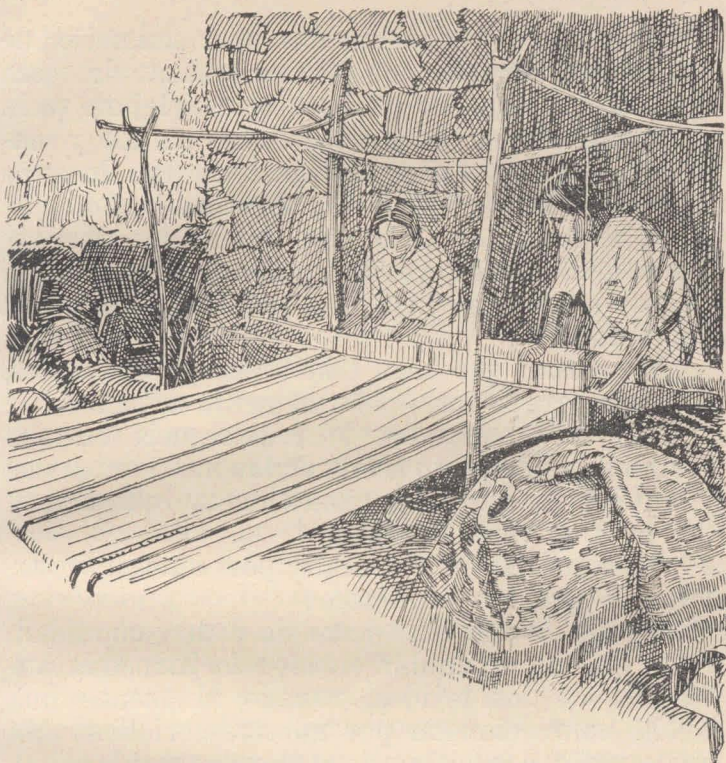
quistas del progreso, como una misma cruzada heroica la unió para la libertad.

Y en cuanto a la América del Norte, supo ser tan buena madre de las instituciones democráticas, que sus principios debieran inscribirse en la cartilla constitucional de todos los pueblos, ya que nos enseñó en qué cánones más justos puede vivir la república más libre.

Todos debemos propender a consolidar la paz y la fraternidad de América. Es una ley que nos viene del pasado, que está confirmada por el inmenso cúmulo de intereses y afinidades que surgen del presente y cuyo fruto total están llamadas a recoger las generaciones futuras.

Por eso, cuando un joven argentino lea grabado en el escudo de una escuela el nombre de una república de América, recuerde que también es ciudadano de todo un continente, por cuyo ideal de justicia y de paz debe luchar.

Es que en el cielo de nuestra bandera, cielo de placidez y de amor, hay sitio bastante para que brille desde la estrella solitaria del pabellón chileno hasta la constelación viva y radiante que ostenta la enseña de la gran República del Norte.



INDUSTRIAS NATIVAS

Por curiosidad y como genuinos exponentes de la industria regional, suelen exhibirse en las exposiciones y en las vidrieras de algunas casas de comercio, los tejidos confeccionados en las provincias del Norte.

Allí se ven colchas confortables, ponchos de apretada urdimbre, vistosas alfombras y todas las prendas tejidas que completan la montura del paisano.

Los que asisten a estos certámenes de la in-

dustria nativa, experimentan una sensación de verdadera sorpresa, cual si se tratara de cosas exóticas, venidas de quién sabe qué lejano país.

Y así, suelen preguntarse extrañados y ansiosos: ¿A qué uso se destina cada uno de estos tejidos? ¿De qué se los confecciona? ¿Con qué tinta se los tiñe? ¿Cómo se llaman las flores y los animales que reproducen los dibujos con que se los ornamenta? ¿Con qué artefactos se los ha fabricado?

¡Y pensar que esas telas son, precisamente, nuestras, argentinas, genuinamente criollas!

Esto nos demuestra la indiferencia en que vivimos con respecto a una de las más simpáticas y auténticas manifestaciones de la industria y del arte de nuestro suelo.

¿Por qué no interesarnos por conocer y valorar lo que nos pertenece?

Si todo es cuestión de moda o de comodidad, ¿por qué no estimular en algo la industria autóctona de los tejidos, usando al menos una colcha confeccionada por nuestras criollas? Su estilo indio, con los motivos florales que la adornan, sus flecos artísticos, sus guardas caprichosas, y sobre todo su resistencia y originalidad, dan a estas prendas el atractivo de su rareza, que define buen gusto, y en cuyo nombre, sin embargo, las deseamos.

En el hogar campesino de las apartadas montañas del Norte, casi todas las mujeres saben tejer.

De las plantas regionales extraen las tintas criollas, que ni las lluvias, ni el sol, ni la intemperie logran atenuar la viva pureza de sus tonos.

De los cueros de vicuña, llama y guanaco, obtienen la finísima lana, para transformarla por obra de la paciencia, del trabajo y del arte, en esos ponchos impecables, cuya virtud consiste en que, siendo tan livianos como plumas, mirados al trasluz, no dejan filtrar una sola vírgula de sol.

Es que el poncho para el paisano tiene que ser de calidad, porque es como un órgano artificial incorporado a todas las manifestaciones de su personalidad.

En la lluvia, es un impermeable; en el baile, plegado a su hombro, es ala que ondula en elegante ritmo; cuando monta a caballo, flótale a la espalda como breve y aligerado manto; sírvele de lecho en las peñoctadas durante los viajes; y en los recios entreveros de la pelea, arrollado a su brazo izquierdo, es escudo y señuelo de engaño, y si cae vencido, sírvele de mortaja en la muerte.

Ya nuestros pintores han hecho justicia a las tejedoras criollas, perpetuando en sus cuadros la semblanza de estas ignoradas artistas, que encorvadas en el rudo telar primitivo, sirviéndose de toscos elementos, crean como por milagrosa virtud los maravillosos gobelinos indígenas.

Conozcamos y amemos lo nuestro, lo típicamente argentino, en industria y en arte, música y poesía, tradición y pasado, pues nuestra personalidad como nación sólo la conseguiremos cuando sepamos traducir en rasgos propios y bellos las más acentuadas características del alma popular.

P A T R I A

Otra vez, otra vez entre luces
azules y blancas,
los arcos triunfales
de la fiesta patria.
Y en la fría noche
de las remembranzas,
estas muchedumbres
inmensas que pasan.
Algunos vinieron
de grandes distancias:
de Ukranias y Rusias,
de Egiptos y Arabias;
otros de las tierras
alegres de Italia;
otros de la dulce,
de la dulce Francia;
otros de los lares
de la madre España.
Todos son ahora
linaje del Plata
para enormes hechos
que el destino aguarda.
Trocaron sus cielos,
sus mares, sus playas:
todos los recuerdos

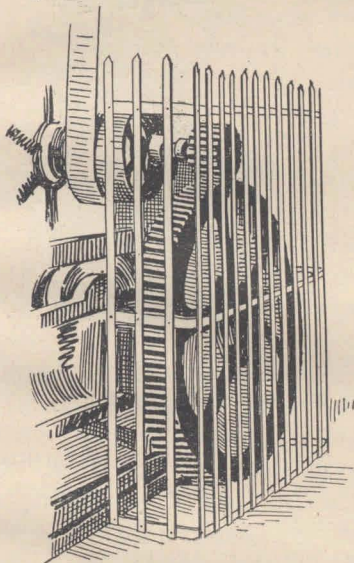
por una esperanza.
Hijos que tuvieron
las rutas les marcan,
allá por los Andes,
aquí por las pampas:
¡Una vida recta
y una senda clara,
desde los amores
hasta las batallas!
Hoy fué como siempre.
Cañón de la patria
saludó las nubes
cerúleas del alba.
Veintiún cañonazos
oyó la mañana
todavía en sueños
por las lontananzas.
Veintiún cañonazos
que a misa llamaban,
llamándonos misa
de fe ciudadana.
Se rompió la noche,
se aclaraba el alba,
reía la aurora,
la luz se doraba.
Hoy fué como siempre
para fiesta patria.
Sombras del cabildo
de la gran jornada,
convocadas fueron
de nuevo a la Plaza.
Hoy fué como siempre.
Cantaban las dianas,
y los regimientos,
a las doce dadas,

a un signo del Jefe
presentaron armas.
Nadie se movía:
de piedra las caras,
de bronce los cuerpos,
de hierro las almas.
Juramento heroico
los pechos juraban
y el himno de todos
por todos cantaba.
Pasad, muchedumbres
de la nueva raza,
bajo aquestas luces
azules y blancas.
Pasad, muchedumbres
de la nueva raza.
¡Para todos, gloria!
¡Para todos, patria!

ARTURO CAPDEVILA.

HIGIENE DEL TALLER

Un gran porcentaje de los alumnos que por la noche concurren a las Escuelas de Adultos, trabaja durante el día en las fábricas y en los talleres.



Reja protectora de engranajes

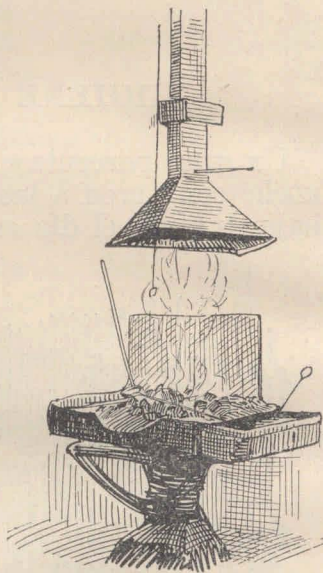
En esas horas de labor su salud se expone a múltiples peligros, debido a las inapropiadas condiciones higiénicas de los locales, a la nocividad de las materias primas que industrializan, o bien a los accidentes que provocan las máquinas o herramientas que manejan.

Todas estas amenazas que pesan sobre el obrero, tienden gradualmente a desaparecer, mediante el esfuerzo armónico de la legislación, de la ciencia y de la cultura en general.

Con las exigencias y sanciones de la ley se as-

pira a dotar a las fábricas y talleres de todos los requisitos indispensables de higiene y seguridad. En tanto la ciencia, en sus conquistas diarias, busca los sustitutos a todas aquellas materias dañosas, reemplazándolas por otras, que siendo inofensivas, tengan virtudes equivalentes.

Así, el albayalde tiene su reemplazante en el compuesto llamado blanco de cinc. Los colores que se extraían del arsénico, se los obtiene ahora de las sales de cobalto. El fósforo amorfo es sustituido por el sesquisulfuro de fósforo. El azogado de los espejos, operación antes realizada únicamente con el mercurio, lo que producía la grave enfermedad llamada hidrargirismo, hoy se la efectúa por medio de un leve plateado que no ocasiona daño alguno.



Campana de captación de gases venenosos.

Y en cuanto a las máquinas de funcionamiento peligroso, tienen ya su dotación preservativa anexa, que defiende al obrero de los accidentes a que antes estaba expuesto. Las campanas de captación mecánica para absorber polvos, gases y vapores venenosos, salvaguardan en mucho la salud de los que trabajan el esmeril, el vidrio, el pulido de limas, etc.

Cierto es que en la urgente implantación de todos estos adelantos tienen una responsabilidad preponderante los legisladores y los patrones, pero el obrero tampoco debe cruzarse de brazos, sin realizar por su parte todo aquello que signifique limpieza y cuidado para su persona.



Traje y carreta para desinfectantes venenosos.

Sin embargo, es común que el obrero no use precauciones ni practique normas de higiene en el taller.

Así, con el pretexto de que su oficio es desaseado, suele andar con sus ropas sucias durante semanas enteras. A mediodía, cuando abandona el taller para ir al almuerzo, no usa para el lavado de las manos ni jabón ni cepillo, tanto más indispensables en él, cuanto que sus manos son sus herramientas de trabajo.

Aunque las fábricas tengan baños, muy rara vez los usa; rompe los filtros porque el agua sale con lentitud; y mientras permanece en el taller, durante los meses de invierno, cierra herméticamente puertas y ventanas, porque siente frío, ignorando que las bajas temperaturas se combaten con ropas gruesas y no infectando el aire.

¡Y pensar que un obrero necesita treinta metros cúbicos de aire puro por cada hora de trabajo!

Al salir de los locales tampoco cuida de airear-

los, ni se preocupa de los residuos dañosos que quedan en intersticios, esquinas y rincones, que a la larga son otros tantos factores que resienten su salud.

Es necesario, pues, que el obrero, por su parte, practique hábitos de rigurosa higiene personal, propendiendo a salvaguardar su salud con todos los recursos a su alcance. Ese esfuerzo privado le será de inapreciable valor, en tanto la legislación, la ciencia y la cultura en general le aseguren todas las ventajas higiénicas a que tiene el derecho de disfrutar en sus horas de labor.

DE TIERRA ADENTRO

EL CUMPLEAÑOS DE DOÑA JUANA

Saujil es un pueblito serrano de la provincia de Catamarca. Sus ranchos se esparcen por los faldeos de la montaña, cual si sabedores de su inconsistencia, tiritándoles el alero, hubiesen buscado el regazo protector del monte roqueño. ¡Y qué alegre perspectiva de ganado arisco trepando sierra, dan las casitas blancas, así dispersas por la lomada escueta!

El pueblito vive por la piedad del cerro. Cada rancho se achata de delante hacia atrás, se encoge como para adherir mejor su espalda al murallón de la montaña. ¿Y cuál es la vida de los habitantes de Saujil? En los sitios abruptos, inaptos para los cultivos, cuidan algunas vacas y pastorean cabras; pero allí donde el monte pierde su adustez, desarrugando su ceño en la limpia sonrisa de una planicie, los campesinos plantan frutales y forman un huerto. Hasta en esto, el cerro tiene para ellos consejos y bondad de abuelo.

Como se comprenderá, las costumbres de estos sencillos pobladores conservan todos los rasgos del más vivo regionalismo.

Llevan vestidos de modas y colores típicos; su lenguaje tiene un léxico original y el don gráfico de la pintura; y hasta su religión despojase de todo concepto abstruso para tornarse más realista y más humana, clara y pura como las albas. ¡Y qué decir de las diversiones! ¡Sus fiestas y sus bailes!

El amor del paisano por la música y el canto, la rareza y la desembozada elegancia de sus danzas; el bullicio de los zapateos y palmadas y los atavíos de las mozas de tonos llamativos y sangrientos, todo pareciera dar a estos bailes no sé qué afiebrada visión de jardín revuelto...

Aquí describiremos una de esas reuniones familiares, comunes en el pueblo de Saujil, como lo son en casi todas las villas de las serranías andinas.

Se trata de la fiesta que doña Juana Maidana daba infaltablemente todos los catorce de diciembre, para celebrar su cumpleaños.

Nadie más conocida en la aldea que doña Juana. Los vecinos la apreciaban como mujer atenta y servicial. Era la cabeza visible de la casa, aunque tenía por esposo a un honrado paisano y por hijos a tres robustos mocetones. Ninguna familia recurría a su rancho sin obtener el favor que solicitaba de la bondadosa campesina. Sus telares estaban casi todo el año en calidad de préstamo en casa de sus amistades; muchos le solicitaban sus pailas para hacer jalea y arrope; otros le pedían la yunta de bueyes para arar el cortijo; y es fama que hasta una imagen en bulto de San Antonio que ella tenía, también andaba por la ciudad haciendo milagros a algún enfermo desahuciado.

Y lo mejor del caso consistía en que la generosidad de doña Juana no esperaba para revelarse que alguien le llorase necesidades, sino que surgía espontáneamente, y así cuando carneaba una tambera o una cabra, allá iba media res para distribuirla entre amigos, parientes y compadres.

¡Cuánta expectativa en el pueblito con motivo de su onomástico! Todos consideraban un deber cumplimentarla, por gratitud y admiración. Doña Juana, a su vez, quería mostrarse digna de las distinciones con que el vecindario la agasajaba.

El catorce de diciembre su casa cambiaba de aspecto. Bien regada, aireada y risueña, parecía espaciarse hacia los campos en un vaho de frescura.

La fiesta debía realizarse en el patio.

Al fondo levantábase un corpulento algarrobo cargado de crespos racimos de algarrobas. El viento movía las doradas vainas dando al árbol el gracioso encanto de un sonajero silvestre. Alejado, a la derecha, veíase el horno, rechoncho, barrigudo, en posición de empacado batracio. Bajo el encatrado de una madreselva estaba la piedra destiladora, musgosa y trasudando frescura por cada poro. Al patio sombreábalo un parral, cuyas hojas palmadas, como mano en visera protegiendo el rostro de una joven, defendían de la inclemencia del calor la casita aderezada en fiesta. Doña Juana removía el fondo de sus petacas para sacar su platería maciza, consistente en cubiertos, jarros y fuentes, objetos toscos y pesados, hechos a ruda forja por algún platero indio. Luciendo esta vajilla, tendía una

amplia mesa en una de las avenidas que formaban los horcones del parrón.

Inútil pretender describir el gusto, la comodidad y el regalo con que doña Juana había preparado su casa. Esta, de por sí, era una invitación.

No tardó la concurrencia en comenzar a llegar. Casi todos venían a caballo, trayendo en la cadennilla del freno o en las argollas de las riendas algún mechón de lianas arrancadas al pasar por los callejones hostiles. Las mozas vestidas de percal, vistosas y ariscas, olían a albahacas y a meloncillo silvestre. El número de los concurrentes aumentaba por momentos. El patio resonaba con el bullicio campesino. La comunicativa alegría de estas gentes se confundía en el eco ininterrumpido de una sola algazara. Cuentos, risas, ocurrencias y cumplidos, en todo la animación y la gracia... ¡era un himno desordenado a la felicidad y a la vida!

Pero de pronto, como dando un toque mágico, los guitarreros puntearon una zamba.

—¡A bailarla, compañeros! — gritaron todos alborozados. Y listos, ágiles, con la presteza con que los soldados de un vivac suelen correr a desarmar pabellones, así los jóvenes acudieron en busca de una compañera. Pronto el patio era una mariposa gigantesca moviendo sus alas polí cromas al compás cadencioso de una zamba.

Y los músicos cantaban:

“Si te duele la cabeza
átate con mi pañuelo,
¡que mi pañuelo se llama
quita pena y trai consuelo!”

Y las parejas continuaban oficiando el rito ardiente de la danza. Ellas, aligerado el talle y al aire el pañuelito volandero, en tanto los mocetones escarbaban el suelo con sus espuelas al seco reventar de las castañuelas.

“Alojita de algarroba
molidita en el mortero,
me ha subido a la cabeza
como si fuera sombrero.”

A cada zamba seguía un “gato”.

—Uno sin otro no vale — decían los bailarines.

Y los músicos continuaban...

“De todos los colores
me gusta el verde;
es el de la esperanza,
nunca se pierde.”

“¡Zapatiá fuerte
hasta que se te salte
el contrafuerte!”

Así se sucedían “gatos”, “zambas” y “escondidos”, sin tregua, con ansiedad creciente, cual si cada nuevo baile no fuera sino el eco más anhelante y repentino de la pieza anterior.

Doña Juana abrió un paréntesis, invitando a los circunstantes a la mesa para servirse el menú casero, de cuya suculencia daban fe los cueros de cabritos y corderos que estaban estaqueados en un rincón del patio, amén de las plumas de

algunos pavos cebados con que jugaban los cachorros cerca del mortero.

Ya de sobremesa, entre dichos y brindis, alternando vasos de añapa y aloja, don Félix, viejo campesino, díjole a doña Juana:

—Todos los catorce de diciembre usted cumple años, pero... nunca nos dice cuántos.

—Me conservo tan mocita, como cuando tenía veinte — contestó picarescamente la aludida.

—¡Bah!... La desafío a que zapatee ¿A que ya no es capaz?

—¡Daría más vueltas que una pluma en remolino!

—¿A que no lo hace?

—¡A que sí!

Y diciendo esto doña Juana subió a la mesa.

La prueba consistía en zapatear sin voltear ni quebrar un solo plato ni un solo vaso de los que allí estaban.

Los músicos acometieron un rasgueo frenético.

Doña Juana, resuelta, segura, con las trenzas traídas hacia adelante, ligeramente recogido el ruedo de la amplia falda, empezó un zapateo viril y resonante. ¡Qué entusiasmo en la concurrencia! ¡Cuánta admiración ante aquella elegancia y airosa maestría!

—¡Viva doña Juana!

—¡Vieja linda!

—¡No es más guapa ni la niña más pintada!

—¡Polvorita la dama!

Y es fama que cuando doña Juana terminó el zapateo y descendió de la mesa, se comprobó que ni siquiera había arrugado el mantel.

LA SILLA QUE AHORA NADIE OCUPA

Con la vista clavada sobre la copa
se halla abstraído el padre desde hace rato:
pocos momentos hace rechazó el plato
del cual apenas quiso probar la sopa.

De tiempo en tiempo, casi furtivamente,
llega en silencio alguna que otra mirada
hasta la vieja silla desocupada
que alguien, de olvidadizo, colocó en frente.

Y, mientras se ensombrecen todas las caras,
cesa de pronto el ruido de las cucharas
porque insistentemente, como empujado

por esa idea fija que no se va,
el menor de los chicos ha preguntado
cuándo será el regreso de la mamá.

EVARISTO CARRIEGO.

(Del libro *Misas Herejes*).

CIVISMO

Era en vísperas de elecciones. En la Escuela de Adultos, durante los recreos, los alumnos cambiaban ideas sobre los partidos políticos y sus candidatos.

Entre los que ya tenían derecho al voto, la conversación tomaba por momentos el calor y el tono de la polémica, pero luego los oyentes, con voz sigilosa y llevando el dedo a los labios, decíanles:

—Despacio, despacio, muchachos... El maestro nos tiene prohibido que hablemos de política.

Sin embargo los apercebidos, como olvidados de la consigna, reincidían con rara pertinacia.

Es que los comicios, esta vez, habían provocado una inusitada expectativa en el pueblo, y los alumnos, necesariamente influenciados por el contagioso entusiasmo del ambiente, también vibraban a su diapasón. Las conferencias callejeras, los diarios y las sugerencias recibidas en el hogar habían creado en cada uno preferencias y simpatías por ciertos partidos y determinados hombres.

El maestro quiso aprovechar ese estado general

de ánimo para inculcar a sus alumnos sabias y profundas enseñanzas.

En clase, les habló de esta manera:

—Lejos de recriminarlos, me complace constatar que la proximidad de las elecciones haya despertado en ustedes vehementísimo interés.

Constituimos una democracia, y el secreto de los bienes que este sistema de gobierno aporta a la Patria, depende del papel activo que cada ciudadano desempeñe en ella.

En cambio, la muerte de la democracia, o por lo menos su degeneración, proviene de la indiferencia y el desgano con que cada uno ejerce sus deberes cívicos.

De ahí que me satisfaga esa tensión de espíritu, esa expectativa vigilante y cuidadosa que cada uno de ustedes revela ante el acto electoral que se avecina.

No trataré de partidos ni de candidatos; les hablaré de otros problemas vitales y permanentes, que ustedes deben contribuir cuanto antes a resolver.

La llamada Ley Sáenz Peña estatuye el voto secreto y obligatorio.

Con el primer requisito, voto secreto, se ha logrado garantizar la libertad del sufragio, poniéndolo a cubierto de toda coacción o recurso desleal que pudiera presionar la conciencia del elector.

Con la segunda condición, la del voto obligatorio, se busca que todos los ciudadanos participen en la elección de sus gobernantes, que jueguen el papel que la democracia les señala, a fin de que los elegidos lo sean por la voluntad de la mayoría real.

Pero la ley no ha producido el resultado satisfactorio con respecto a esta segunda aspiración. Es grande el porcentaje de ciudadanos que no acude a las urnas, por culpable indiferencia, desvirtuando así la esencia misma de nuestro sistema democrático.

Hay cifras desconsoladoras. En las elecciones de diputados nacionales en 1918, sólo votó el 53,15 % de los inscriptos en el padrón.

Hubo distritos electorales en los que este término medio fué más bajo aún, como en La Rioja con el 50 %; Tucumán con el 48,13 % y Salta con el 48 %. ¡Menos de la mitad! ¡Y qué decir de las elecciones provinciales! Las que se realizaron durante el mes de marzo de 1929 en Tucumán y San Luis, acusaron, respectivamente, el 30 y el 15 % de votantes.

Es necesario reaccionar contra ese ausentismo que revela cobardía moral, pues no ejercitar el voto es renunciar a la defensa de nuestros ideales políticos, y a la vez, se demuestra egoísmo hacia la sociedad, ya que al no sufragar, le negamos el aporte de nuestro juicio honesto en la selección de los gobernantes que han de regir sus destinos.

Cuando todos los ciudadanos argentinos voten, nuestra democracia será perfecta en cuanto a su mecanismo, perfecta en cuanto al requisito número.

Pero, falta aún otro paso más, quizás el definitivo, mediante el cual alcanzaremos el ideal de la verdadera democracia. Ese requisito es: el voto culto. Así los gobernantes surgirán por la voluntad de los capacitados y aptos para elegir.

Difundiendo las escuelas; creando la concien-

cia cívica del pueblo por las conferencias y los diarios que analicen la actuación de mandatarios y legisladores; teniendo al ciudadano en contacto íntimo y directo con los problemas que atañen al manejo de la cosa pública; así es como al fin lograremos formar ese elector democráticamente útil y que será la última y definitiva etapa de nuestras conquistas cívicas.

Espero que los alumnos de esta Escuela de Adultos, muchos de los cuales son ya honrados obreros con voto, no dejarán nunca de cumplir este deber cívico, valorándolo a la vez como un acto de profundo discernimiento.

Para esto, hay que ser virtuosos y seguir ilustrándose siempre, con tesón, para que nuestro voto valga por una conciencia que juzga.

El que va a sufragar, considere que está a solas con la Patria, a la que entrega su voto en pro de los que harán su felicidad y grandeza.

Así terminó el maestro su clase, entre el silencio y la meditación que sus palabras habían producido en su juvenil auditorio.

ESTUDIOS MORALES

Leo con frecuencia una revista argentina, escrita en alemán (*Buenos Aires Handels Zeitung*).

Creo que me la manda su dirección. Le doy las gracias. No estoy suscrito a ella. Es un papel muy cómodo, impreso con excelente tipo y escrito en dos lenguas: la alemana y la nuestra, más o menos castellana. Contiene cosas útiles y buenas. Sospecho, por eso, que no ha de ser muy leída. No importa, siga. No hay simiente estéril. Cuando yo era jefe de fronteras no llevaba en mis pistoleras armas de fuego, sino semilla de alfalfa. Pasaba por un campo que me parecía propicio, por estar húmedo y tener tierra vegetal; allá iban unos puñados de la susodicha semilla sin que la escolta me viera. Algún tiempo después me traían esta noticia: por tal parte se ha descubierto una alfalfa. Yo nada decía. Así se deben sembrar también “las ideas”, sin preocuparse mucho de que el público sepa quién las desparrama. La cuestión es que sean buenas y que germinen.

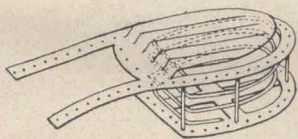
LUCIO V. MANSILLA.

(De su libro *El Diario de mi Vida*).

INVENTOS ARGENTINOS

Existía entre nosotros una marcada indiferencia por la ejercitación de las facultades creadoras o inventivas.

Nos contentábamos con las novedades que venían del extranjero, inventos que no interpretaban las necesidades propias ni las características regionales, eludiendo por nuestra parte todo esfuerzo para servir las con eficacia en el vasto campo científico, industrial y económico, netamente argentino.



Taco de Grassi.

Y así, produciéndose la contradicción de que siendo uno de los más ricos países del mundo, carecíamos, sin embargo, de métodos originales, de implementos adecuados, de máquinas prácticas, en fin, de toda técnica eficiente que llevara el sello de las necesidades a que servía y de las condiciones singulares e inconfundibles del medio en que debía desenvolverse.

Por ejemplo, el último modelo de una máquina agrícola europea podía ser maravilloso para el país de origen, en cuanto a sus virtudes de adaptación estricta a las características de allá, pero que transportada a una estancia del litoral ar-

gentino, no resultara práctica ni económica, por las condiciones especiales del terreno, por el gasto en combustible que aquí no abunda o por el número y la preparación que debe poseer el personal encargado de manejarla.

Era, pues, necesario que el cerebro argentino, recogiendo todas las ventajas que ofreciera nuestro ambiente, ingeniándose para utilizar los accesorios que tenía a su alcance y las materias primas que aquí sobran, creara el tipo ideal de máquina, armónica con las singularidades de nuestro medio.

Y ese esfuerzo patriótico empieza a realizarlo con éxito auspicioso una falange de argentinos, propulsores meritorios

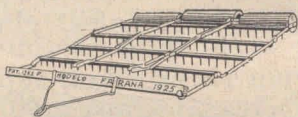
de nuestra prosperidad en todas las ramas de las actividades humanas.

Desde el humilde obrero hasta el sabio universitario; tanto el hombre

que se supera como la mujer que se intelectualiza; en fin, argentinos de todas las esferas y de ambos sexos, están empeñados en dar a luz, día a día, un nuevo invento, que anule un riesgo, agregue una comodidad, suprima un esfuerzo, defienda una riqueza o evite un dolor.

El ingeniero Adrián Ruiz Moreno, con sus seis inventos, entre los que se destacan la Bandera Heliótropa, el Coordinador y la Cámara Carto-Fotogramétrica, probados ya en gabinetes y compañías, laureados en exposiciones y torneos, ilustran con elocuencia del talento argentino y de su capacidad creadora.

Hay otros inventos más modestos, pero no me-



Rastra articulada de Farana.



La hora de reposo

Cuadro de Pío Collivadino, argentino. Medalla de oro en la Exposición Universal de Saint Louis (EE. UU.), existente en el Museo Nacional de Bellas Artes.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

nos meritorios por la utilidad que reportan, como el telar plegadizo, tan cómodo y manual en el hogar del pobre, que cabe detrás de una puerta y del que es autor el señor Luis de Luque. En igual caso están el taco para botín del señor Grassi; el sobre inviolable de Cherchi; el banco escolar de Olguín; la plancha eléctrica de Balda y otros muchos, inspirados en los quehaceres y en las pequeñas exigencias de la vida diaria, a las que facilitan, ahorrando tiempo y gastos o garantizándoles eficacia.

Cabe destacar el equipo algodonímetro de la señorita Elisa Bachofen, delicados aparatos, tan precisos y que llenan necesidades tan sentidas, que la industria algodonera argentina tendrá en ellos inapreciables elementos de comprobación.

No resultan menos dignos de consignarse por el ingenio y la fina concepción que revelan sus autores, el semáforo automático de Miralles, el automarino de Agnoletti, la rastra articulada de Farana, la autojuntadora de maíz de José Gayraud, y otros cientos de aparatos como éstos, igualmente ventajosos en la respectiva especialidad a que se los destina.

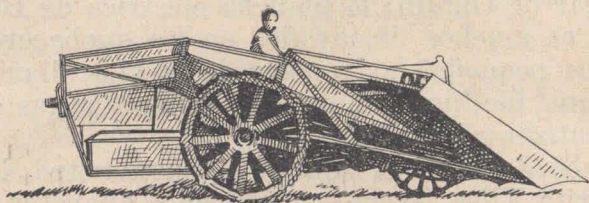
Esperemos confiados que los jóvenes argentinos, desde el oscuro operario del taller hasta el universitario de alta versación científica, seguirán desplegando idéntico afán de observación y de experimentación, hasta develar un nuevo misterio o resolver un problema urgente, mediante el artefacto, la pieza, el detalle sutil, que salve una dificultad o ahorre un minuto en la febril y progresiva complejidad de la vida moderna.

¡Qué grandes y nobles son los inventores, que

abrazados a un ideal, persisten en realizarlo, tesoneros en los reveses e incontaminados en su fe!

Por ellos el hombre domina a la naturaleza y la ciencia se pone al servicio de la vida.

Hacen patria, constituyen la vanguardia del progreso y enaltecen a la especie.



Autojuntadora de maíz de Gayraud.

Muchos obreros argentinos, dotados de singular habilidad y natural ingenio, pueden transformarse en inventores, si perfeccionan sus aptitudes asistiendo a los cursos prácticos nocturnos, donde realizarían el imprescindible estudio de las ciencias teóricas afines.

Así lo demuestra el ejemplo de los muchos que han triunfado.

POR LA BUENA MÚSICA

Entre las aficiones espirituales de nuestro pueblo, resalta el culto por la música. Tal inclinación es herencia tradicional.

Desde los tiempos iniciales de nuestra nacionalidad, existió el héroe que era músico y cantor.

El tiempo se encargó de fortificar este amor por el arte divino, siendo sorprendente la difusión de sus cultores.

Pero si es grande el número de los que crean o interpretan las diversas manifestaciones de este género artístico, ¿quiere decir que la música ha ido ganando como factor de superación espiritual y de purificación de los sentimientos? En una palabra, la música popular argentina, esa que hoy constituye el deleite de nuestro pueblo, la que acepta y cultiva, ¿es en verdad algo que educa su corazón y que dignifica su alma? Confesemos que no.

La música de nuestro pueblo, cuyo símbolo es el tango, no reúne esas virtudes selectas, fuentes de tan puras emociones que sólo estimulan los anhelos y los sentimientos más nobles.

El tango, por lo general, no llega al suntuoso camarín del arte, y tanto la música en sí como

la letra que la acompaña y el baile que la interpreta, actúan sólo en un plano muy inferior, muy lejos de aquel otro en que el alma siente expandirse cuando la estimula una verdadera creación musical.

No es que pidamos al pueblo que olvide su afecto por la música simple, sencilla y bailable, no; lo criticable es esa pasión por una música enfermiza, reflejada en cantos de peor gusto.

Nuestros abuelos tenían esa música simple, con canciones y danzas de indiscutida belleza, sin que nunca la gracia comprometiese su moral y escrupuloso decoro.

Nos bastará recordar esas canciones aun repetidas por forzada supervivencia y que nos llegan como patrimonio del viejo hogar colonial.

¡Qué diferencia! ¡Qué contraste entre la ternura afectuosa que ellas reflejan con la pasión grosera y sin finas vibraciones del tango actual!

Nuestra juventud debe apartarse de ese contagio poco edificante, que nunca le hará comprender lo que hay de divino y grande en la música.

DEFENSA SOCIAL

En la gente del pueblo y sobre todo en los obreros, ocurre con frecuencia que, adquiridas ciertas enfermedades, traten de ocultarlas.

Un impropio sentimiento de vergüenza o de pudor, los lleva a esconder el mal que sufren, dando lugar así a que su gravedad avance.

Extirpemos de raíz ese erróneo y funesto concepto.

Los enfermos deben asistir a los múltiples dispensarios que existen distribuídos racionalmente en cada barrio de la ciudad.

Funcionan en horas adecuadas para que pueda concurrir el trabajador y proporcionan tratamientos y remedios gratuitos.

Toda ocultación de la dolencia que se padece, no sólo hará más difícil, cuando no imposible su cura, sino que faltando el consejo previsor que únicamente el médico puede dar, el contagio causará nuevos estragos. Y sus víctimas serán, precisamente, los seres más queridos: esposas, hijos, hermanos o amigos, pues conviviendo en su compañía, están más propensos a adquirir el mal.

No asistir, pues, urgentemente a los dispensarios, es dar muestra de una negligencia y de un egoísmo incalificables.

¡Con cuánto éxito combatiríanse la tuberculosis, la lepra y otras dolencias contagiosas, previniendo a la vez su difusión, si se sometiesen los atacados a un tratamiento científico y aun al aislamiento cuando el peligro del contagio lo exigiese!

Muchos enfermos, sin darse cuenta de los riesgos de su determinación, prefieren curarse por sí propios, ya sea aconsejados por los amigos o bajo la influencia de los avisos en los periódicos que hablan de las supuestas virtudes de ciertos específicos maravillosos. Con frecuencia se trata de una propaganda interesada y mercantil y aunque el producto sea realmente bueno, jamás se debe eludir el consejo médico, único que señalará la conveniencia de su aplicación, forma y requisitos del tratamiento.

Ni por descuido, pues, ni por culpable vergüenza, los enfermos pobres deben prescindir jamás de los servicios que prestan los dispensarios públicos, creados por la municipalidad con garantías absolutas de reserva, seriedad y eficacia.

Así, ante la desgracia del mal adquirido, no se cargará al menos con la responsabilidad criminal del contagio llevado al hogar y a la sociedad.

Los enfermos deben propender a su curación y esperar con fe los resultados de la ciencia, teniendo siempre presente que su deber es sanar radicalmente cuanto antes, para reincorporarse sanos y fuertes a la sociedad que les reserva su puesto de lucha.

LA VIÑA VIRGEN

Hoy cantaré la viña, la viña virginal,
que nunca tuvo el ansia de ser racimo rubio,
sino de revestir — caridad ejemplar —
con su gracia dorada la desnudez del muro.

Viña de otoño, mártir, enamorada y pura,
que se abraza a la piedra con el amor más fiel,
yo comprendo el ejemplo de su inmensa ternura
y admiro la suprema constancia de su fe.

“Amemos sin reserva ni esperanza de fruto,
y si hay indiferencia, paguémosla en belleza”...
—dice la enamorada virgencita del muro,
que de tanto querer, enternece las piedras!

FERNÁN FÉLIX DE AMADOR.

(De su libro *El Cántaro y el Alfarero*).



DE TIERRA ADENTRO

DIARIO DE UNA EXCURSIÓN

Después de muchas promesas, renovadas por mil causas, pero que nunca al fin se cumplían, el maestro nos señaló el día 5 de agosto para que los alumnos del grado realizásemos una excursión campestre en su compañía.

La víspera, al terminar las clases, díjonos:

—Mañana los espero; todos a caballo. Partiremos temprano, a las seis, para aprovechar la fresca.

¡Al fin se efectuaría el paseo! Ante el lacó-

nico anuncio sentimos un intenso escalofrío, nos restregamos nerviosamente las manos y dando saltitos en el banco sólo pensamos ya en prepararnos para estar listos al día siguiente.

¡Conseguir un caballo en Catamarca! ¡Qué dificultad! Ni rastros de un equino!

Pero me puse en busca con tesón y ardimiento. Claro que yo hubiera querido un caballo airoso, de esos silleros que bracean y baten el polvo, pero... pronto tuve que renunciar a tales ensueños de jinete exigente, contentándome con que me alquilasen un petiso de jardinera. Cuando llegué a casa, tirando el jamelgo de las bridas, los vecinos sonrieron burlonamente, pues, en verdad, el animal era poco esbelto... Tenía el vientre dilatado, y en cambio tan filosa la cuchilla del lomo y tan numerosas peladuras, que a la legua se delataba que no era caballo de caballero, sino de esos que tiran entre las varas de un vehículo.

Sin embargo, lo aderecé como pude, ensillándolo y atalajándolo de tal manera, que logré disimular en mucho sus defectos... Le disminuí la barriga con una cincha ancha, que hacía algo así como las veces de una faja; tusé su cola salvaje, y con los plateados del freno y los vistosos charoles de caronas y mandiles, quedó transformado en un corcel de pasable estampa.

Ahora, faltaba que cambiase a mi vez mi figura de escolar, reemplazando el guardapolvo por las prendas que concordasen con mi nuevo papel de presumido jinete. Busqué unas polainas; pero me venían tan grandes, que a los primeros galopes se me subieron de las pantorrillas a los muslos, por lo que decidí reemplazarlas por

unas botas que tenían el mismo defecto del exagerado tamaño, produciendo el inconveniente de que cada vez que me quería apear, las botas quedaban en el estribo...

Renuncié a ese adminículo, pero, en cambio, púseme chambergo, pañuelo al cuello, cinto y colgado a la muñeca, un talero.

En casa, proveyeron las alforjas, con pan casero, un pollo en fiambre, empanadas, frutas, dulces, y sobreentendido... el brindis para ese menú, que fué un sermoncito de circunstancias recomendándome prudencia y juicio durante la excursión.

Dados los últimos toques, púseme en marcha y... ¡aquí fué el reir de las gentes! Mi caballo avanzaba con la cabeza gacha, deslizándose como si nadase, escurriéndose, de la misma manera que cuando tiraba de la jardinera; pero mi entusiasmo de muchacho pudo más que lo ridículo de mi cabalgadura y dirigíme muy orondo a reunirme con mis compañeros de excursión.

Pronto confundíme con el grupo, y entre saludos fraternales, risas, juguetonas alusiones y animadas voces esparcidas al espacio como por un molino de cien aspas, partió al galope la cabalgata juvenil y esperanzada...

LA MUCHACHADA EN MARCHA

¡Qué cielo puro! ¡Qué frescura acariciadora en el ambiente! ¡Oh, inefable encanto de las mañanitas provincianas! ¡Y qué cuadro de juventud y de felicidad formábamos los cincuenta excursionistas en aquel amanecer, avanzando a media rienda, ebrios de brisa y contemplando el

sol que apenas desabotonaba su rosa detrás de los montes!

Después de una hora y media, llegamos a La Quebrada. El lugar llámase así porque entre dos lomas paralelas y abruptas, queda un espacio libre o quebrada, por donde se desliza un arroyuelo. Este, como un niño juguetón, sin prisa ni apuro, se distrae a cada tramo de su curso, ya quebrando el vidrio de su espejo al golpearlo en una roca, ya enviando suaves olitas a los remansos de sus veras o haciendo rondas y tirabuzones en las ramas y troncos que lo obstruyen.

Este sitio, elegido para término de nuestra excursión, armonizaba en una sola sensación de belleza la montaña, el arroyo, el cielo y el bosque.

El maestro dispuso que en ese lugar desensillásemos nuestras cabalgaduras. Luego, activo y diligente, animado de un verdadero fervor por hacerlo todo y disponerlo de la mejor manera, díjonos:

—¡Ahora, a trabajar! ¡A desentrañar los misterios de la naturaleza para conocerla y amarla!

Inmediatamente nos distribuyó en comisiones de acuerdo a una selección que él ya había hecho de antemano, teniendo en cuenta la mayor o menor predilección que cada uno demostraba en clase por tal o cual rama de las artes o las ciencias.

A unos envió para que coleccionasen plantas a objeto de formar un herbario. A otros, a recoger minerales para clasificarlos después. Quienes buscaban insectos, quienes constataban prácticamente con los respectivos aparatos las características atmosféricas en el llano y la montaña.

Un grupo, al cual el maestro acompañaba,

tenía por misión levantar un plano del camino sirviéndose nada más que de una brújula, un transportador, una regla y un lápiz.

A Julio y Félix, que demostraban una gran afición por la pintura, les sugirió varios motivos originales del paisaje para que trazaran un boceto.

A mí me eligió como cronista de los sucesos, encomendándome el diario de la pequeña expedición.

Y así, cada uno embebido en su respectiva tarea, no sentía el transcurso de las horas.

¡Oh, día inefable! ¡Dicha plena, trabajo útil, consorcio amable con la naturaleza y fraterna conjunción de todos los corazones!

Recuerdo que al regresar a la puesta del sol, cuando me tocó el turno para despedirme del maestro, disimulé una lágrima y me alejé furtivamente, diciendo a solas:

—¡Adiós, maestro! Adiós, buen hombre, bueno como un padre.

RAFAEL.

Catamarca, Agosto 5.

SERMÓN LAICO

La inercia frente a la vida es cobardía. Un hombre incapaz de acción es una sombra que se esconde en el anónimo de su raza. Para ser chispa que enciende, reja que ara, fuego que templar, vendaval que arrasa, debemos con firmeza llevar el gesto hasta donde vuela nuestra intención.

No basta en la vida pensar un ideal: hay que aplicar todo el esfuerzo a su realización. Cada ser humano elabora su propio destino; miserable es el que malbarata su dignidad, esclavo el que se forja la cadena, ignorante el que desprecia la cultura, suicida el que vierte la cicuta en su propia copa. No debemos maldecir la fatalidad para justificar nuestra pereza; antes debiéramos preguntarnos en secreta intimidad: ¿volcamos en cuanto hicimos toda nuestra energía? ¿Pensamos bien nuestras acciones, primero, y pusimos después en hacerlas la intensidad necesaria?

La energía no es fuerza bruta: es pensamiento convertido en fuerza inteligente.

El que se agita sin pensar lo que hace, no es un energeta; ni lo es el que reflexiona sin ejecutar lo que concibe. Deben ir juntos el pensamiento y la acción, como brújula que guía y

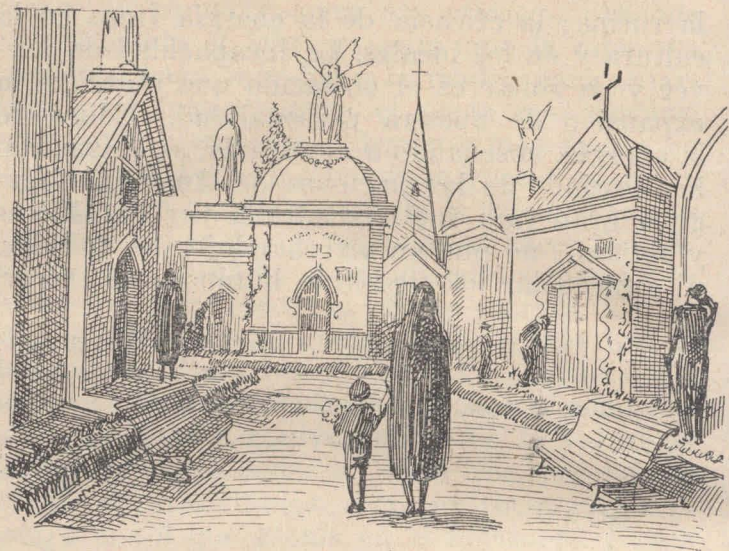
hélíce que empuja, para ser eficaces. Ahonde más el arado el labriego para que la mies sea profícua; haga más hijos la madre para enjardinarse el hogar, ponga el poeta más ternura para invitar corazones; repique más fuerte en el yunque el herrero que quiera vencer al metal.

El primer mandamiento de la ley humana es aprender a pensar: el segundo es hacer todo lo que se ha pensado. Aprendiendo a pensar se evita el desperdicio de la propia energía: el fracaso es simple ignorancia de las causas que lo determinan. Para hacer bien las cosas, hay que pensarlas certeramente, no las hacen bien los que las piensan mal, equivocándose en la valuación de sus fuerzas; como un niño que, errando el cálculo de la distancia, diera en tirar guijarros contra el sol que asoma en el horizonte. Nunca se equivoca el que ha aprendido a medir las cosas a que aplica su energía; no se arredra jamás el que ha educado su propia eficacia mediante el esfuerzo asiduo y sistemático. La confianza en sí mismo es una elevación de la propia temperatura moral; llegando al rojo vivo se convierte en fe, que hace desbordar la voluntad con pujanza de avalancha. Así ocurre con los genios: cumplen todo ideal que piensan, sin detenerse ante la incomprensión de los demás, sin perder tiempo en discutirlo con los que no lo han pensado. Los hombres sin energía no dejan cosa alguna de provecho, dudan y temen equivocarse, porque no han sabido pensar. Y nunca adquieren esa confianza en sí mismos y esa fe en los resultados que permiten ejecutar empresas grandes. La apatía del indolente y el fracaso de los agotados se incuban en la ignorancia y en

la rutina; la eficacia de la energía finca en la cultura y en los ideales. La incapacidad de prever y de soñar es el obstáculo que obstruye la expansión de nuestra personalidad. Educando la energía, enseñando a admirarla, se plasmarán los destinos de las naciones de América. Ninguna gran raza fué engendrada por paralíticos y obtusos: no pueden marchar lejos los tullidos, ni contemplar los ciegos un luminoso amanecer.

JOSÉ INGENIEROS.

(De su libro *Ensayos Filosóficos*).



LA RECOLETA

La Recoleta, más que un cementerio, es el templo del recuerdo. Sus sepulcros, alineados en callejuelas silenciosas evocan toda la historia argentina, simbolizada en sus actores prominentes.

Patricios egregios, muchos de ellos adversarios en vida, descansan hermanados para la inmortalidad, en este suntuoso panteón de nuestras glorias.

La Recoleta no es la ciudad del dolor donde oprimido el corazón se vierten angustiadas lágrimas. Allí cada mausoleo es una afirmación de vida; es el triunfo de la gloria sobre la muerte.

Cada estatua pareciera surgir de los despojos mismos del caído, animada con su espíritu y

perpetuando el rasgo sublime que inmortalizó al mártir o al genio.

Y así como nuestra historia es a ratos trágica y fiera en la lucha, o serena y mansa cuando construye y civiliza al amparo de la paz; de la misma manera, la Recoleta, que es su trasunto, alterna rojas visiones de guerra y plácidos mirajes de amor y de dulzura.

Allí, Lavalle y Brandsen cargan, Dorrego se inmola, Avellaneda y Alsina arengan, Alberdi piensa, Chassaing y Coronado riman, el Deán Funes medita y ora, Rivadavia reforma, Angela Menéndez enseña, Alem conspira, Luis Viale se sacrifica, los guerreros del Paraguay se baten, Vélez Sársfield legisla y Roca, Pellegrini y Quintana adoctrinan y gobiernan.

Como se ve, una por una de las etapas de nuestra historia y cada momento de nuestra nacionalidad, tienen el adalid que los encarna y los define.

Por eso la Recoleta debe ser considerada como una comprensiva síntesis de patria.

Allí, el arte, con la estatua y el mausoleo, ha embellecido la muerte, y la gloria animó esas creaciones con el soplo de lo eterno.

NIEVECITA DE LOS CAMPOS

Nievecita de los campos,
avecilla solitaria,
que vas posándote arisca
en la punta de las ramas.

Diz que son negros tus ojos
y tu patitas rosadas,
y que mueres si te pillan,
y que mueres si te manchan.

Nadie sabe dónde anidas,
nadie sabe dónde cantas,
nadie sabe tus amores
avecilla solitaria.

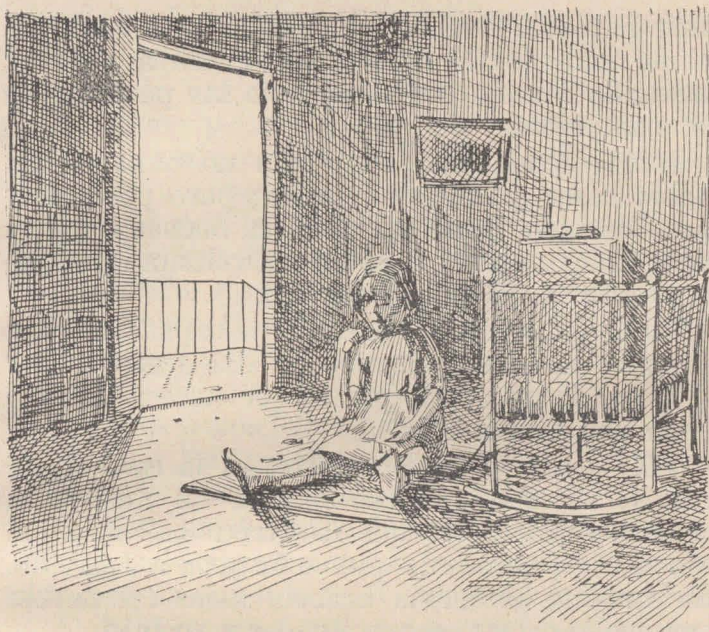
¡Cómo alegra tu blancura
cuando al sol de la mañana
sobre los pardos rastros
huyes batiendo las alas!

Perseguirte quise un día
de sólo verte tan blanca,
mas me dijo una pastora
que tu muerte trae desgracia.

Nievecita de los campos,
avecilla solitaria,
pura imagen de los sueños
que en la vida no se alcanzan.

JUAN CARLOS DÁVALOS.

(De su libro *Cantos de la Montaña*).



POR NUESTROS NIÑOS

Era un pobre matrimonio obrero. El esposo trabajaba en una fábrica y la mujer realizaba todos los quehaceres domésticos, sin ahorrar esfuerzos ni cuidados para vivir con la mayor economía.

Nació un niño; lo llamaron Juancito.

Fué la esperanza, la suave estrellita de luz que guiaría la vida de los sacrificados esposos. Desde que el niño vino, toda privación trocábase en felicidad. Al fin, era por él... Pero a los dos meses, el padre murió. La madre, con su hijito, quedó sola ante la vida.

Esa mujer era grande amando con ternura

entrañable al huerfanito; pero ahora sería sublime enalteciendo el amor con el trabajo diario, salvando intacto ese amor ante las penurias de la existencia.

Buscó ocupación. Pero ella no tenía oficio. Sabía coser, planchar, cocinar; pero poco, muy poco de todo, como una de esas buenas mujeres cuya única aptitud es la buena voluntad que ponen para hacer lo que pueden.

Ya desesperaba por su falta de capacidad para ganarse un jornal, cuando un día acertó a leer el aviso de un diario por el que un matrimonio pedía una nodriza.

Voló a ofrecerse. En efecto, en la casa donde fué, le dijeron que necesitaban un ama para criar un niño, pero que le darían la ocupación con el compromiso de que no llevaría a Juancito. En cambio, obtendría licencia todas las noches para volver a su casa y atender a su hijo.

¡Pobre madre! ¡Abandonar a Juancito apenas de dos meses, durante todo el día, para no verlo hasta la noche!

Pero ante la necesidad tuvo que resignarse. Enjugó silenciosamente sus lágrimas, acalló los arranques de rebeldía que le dictaba su gran amor, y desde el día siguiente, entró a servir de nodriza.

Muy temprano dejaba a Juancito en su pieza y se dirigía a cuidar al otro niño, al de sus patrones.

Las vecinas, por comedimiento y caridad, solían a veces en su ausencia acercarse al niño abandonado.

Le arrojaban una flor para que se distrajera,

poníanle algún juguetito o lo recogían del suelo cuando se caía de la cunita.

Después, las mujeres del conventillo, viendo que el niño peligraba por esas caídas, optaron por tender una colcha en el suelo y allí dejábanlo atado de un piececito a la cuna.

Cuando por la noche regresaba la madre, el niño la recibía llorando, con un llanto entrecortado, hondo, desgarrador... Ella reclinaba su cabeza sobre el niño y lloraba silenciosamente.

Y en esa actitud, muchas veces la sorprendió la aurora del día siguiente.

Una vez Juancito enfermó.

Murió a los tres días. Una vecina oficiosa fué a llevar la triste noticia a la madre.

Esta, en un descuido de sus patrones escapó a su casa para ver por última vez a su hijo muerto, llevando en sus brazos al otro niño que cuidaba.

Al llegar contempló un cuadro que desgarró su corazón. Allí estaba Juancito, lívido por la muerte, con el cabellito ralo, faltado en partes; los ojitos entreabiertos y vidriosos, cual si hubieran congelado la última lágrima.

Tenía las manecitas achaparradas, encogidas, quizá cerradas en su último intento de acariciar a la madre.

Los huesitos, casi visibles debajo de la piel, de un color amarillo sucio, hacían de aquel niño un doliente despojo humano.

La madre, horripilada, volvió la mirada hacia el otro niño que tenía en sus brazos, al niño de sus patrones, al que ella amamantaba y que estaba regordete y sonriente...

La madre enloqueció...

Cuando el médico llegó, emocionado, pero viniendo con entereza su consternación, dijo a las mujeres que estaban presentes:

—Señoras, cuiden a los niños. Cuídenlos mucho. Denles buenos alimentos y dispénseles todas las atenciones con inteligencia y corazón.

Hoy la mortalidad infantil acusa cifras paavorosas. ¿Será porque no hay buenas madres? ¡Que jamás la Patria ni la conciencia tengan que reprochárselo!

DONDE LAS DAN LAS TOMAN

Don Mauricio recogió las piernas, que había estirado a ambos lados del fogón, y luego de atizar su cigarrillo con la uña del pulgar, parsimoniosamente, exclamó, mirándome asombrado:

—Ah. ¡Ah!... ¿Usted no sabe la historia de la víbora y el tigre, y sin embargo, es doctor?... ¿Qué será lo que sabe, entonces?... Dejuro qu'es de libros nomás...

—Justamente, don Mauricio... de libros. ¿Y sabe una cosa?... Cada día me convenzo más de que no sé nada...

—Dejuro. Si pa enseñar cosas no hay mejor escuela que la vida... Oiga la historia y lo verá.

Y el viejo me refirió la extraña fábula, que él, a su vez, había oído de otros labios, allá en su mocedad. Diz que un día una tormenta espantosa asoló la tierra. Volaron los ranchos de los hombres, los arroyos y los ríos se derramaron sobre el llano, inundando las cuevas más profundas, derribando ls árboles más vigorosos y destruyendo los nidos más inaccesibles.

Los animales, aterrorizados, chapaleaban el barro líquido y trepaban sobre troncos caídos, guareciéndose entre la hojarasca en promiscuidad con los reptiles y los pájaros, a quienes los peces burlaban, vengándose de las bromas de otros días, cuando la seca prolongada había hecho peligrar sus vidas en los arenales sedientos que crecían a medida que disminuían las probabilidades de salvación.

Cuando la tierra quedó transitable, el tigre, que se tenía por fuerte, echóse al campo a socorrer necesidades y a aliviar desgracias.

Cruzaba una isleta centenaria, que había sido descuajada casi en masa, cuando de repente hirió su oído una angustiada voz:

—¡Socorro!... ¡Auxilio!... Una pobre señora está en peligro de muerte.

Apresuró su paso, y bajo el pesado tronco de una palma caranday encontró un curiyú que, con tono quejumbroso, le refirió su desventura:

—Como sabe, compadre tigre, yo soy señora sola y muy temerosa de los truenos, hasta el punto de que todo es descomponerse el tiempo y ya me siento mala... En esta tormenta he sufrido lo que no puede imaginarse... Conforme paró el agua, salí a dar una vueltita, y de repente me sorprendió este árbol que se caía y me apretó... Yo creo que me ha roto algo.

Y la serpiente se retorció desesperada, lamentándose de carecer de fuerzas para libertarse, debido a su estado de extrema debilidad:

—¡También, no es para menos, compadre! Tres días sin probar bocado.

El tigre, compadecido, alzó el pesado tronco y la serpiente, escapando de su prisión, se estiró para probar la integridad de su persona, y cuando se hubo cerciorado de no haber sufrido detrimento, se enroscó al cuerpo de su compadre y trató de ahogarlo con sus anillos.

El tigre, sorprendido, rugía de rabia, declarando que su comadre era una perfecta canalla, que en vez de darle las gracias por el servicio que le había prestado, trataba de sacrificarlo.

—¿Y si no?... Ya lo creo... Donde hay hambre no hay poesía.

Un zorro que pasaba oyó la controversia y se acercó con curiosidad.

—Venga, amigo zorro — dijo la serpiente. — Si usted estuviese dos días sin comer y pasara a su alcance un buen bocado, ¿usted lo desperdiciaría por consideraciones filosóficas más o menos discutibles?

—¿Yo?... ¡Cómo no!

—Pero, amigo zorro... oiga y verá. Esta señora estaba apretada por ese palo y pedía socorro, désesperada. Yo la oí y la ayudé y el pago que me da es el que usted está viendo.

—Claro... ¿Y cuál quiere que sea? Los servicios se hacen completos, amigo, o no se hacen.

—Eso es lo que yo digo — replicó la serpiente; — o se hacen completos o no se hacen: eso es hablar.

—Es una canallada — rugió el tigre — pagar un favor con un mordisco.

—No tanto, no tanto... Yo se lo probaré. Vea, distinguida amiga, volvamos a poner las cosas como estaban a fin de juzgar mejor.

Y la serpiente, que era animada, evidentemente, por un espíritu discutidor, se dejó arrebatarse por la persuasiva palabra del zorro, abandonó su presa y se dejó colocar encima el pesado tronco. Cuando el zorro estuvo seguro de tenerla aprisionada, se colocó gravemente al lado del tigre, y exclamó:

—Vamos, compadre... y sepa que no conviene meterse a salvador de víboras... Cuando encuentre alguna en un aprieto, déjela donde está. Se ahorrará muchos disgustos.

JOSÉ S. ALVAREZ (*Fray Mocho*.)

(Del libro *Cuentos de Fray Mocho*).



EL SERVICIO MILITAR

—Hijo mío, traigo una nueva muy triste...
— dijo la madre, entrando al rancho.

—La desgracia, desde que murió nuestro padre, nos persigue siempre — respondió Aldo, confirmando el doloroso augurio.

—Ahora, tú también tendrás que abandonarnos...

—¿Qué dice, madre? ¿Dejarlo yo? ¡Jamás!

—Y será larga la ausencia... quizá sin retorno.

—¡Explíquese! ¡Dígame por qué! Pero no llore, madre mía; tal vez sea una noticia equivocada.

—Al ir al “pueblo” entré al almacén para comprar las provisiones, y don Jaime, el dueño, me dijo que de aquí a cuatro días tendrás que marcharte para hacer el servicio militar...

—¿Y cómo lo sabe don Jaime? Vivimos en estos valles de la Cordillera. ¿Quién nos conoce?

—Me mostró una lista que el comisario le ordenó que pegara en la pared.

Como no sé leer, me puse a llorar, apenada por el rigor de los que no saben cuánto te amo y quieren separarnos. Después, don Jaime buscó tu nombre, y dijo leyendo: Aldo Contreras, domiciliado en el puesto de El Quebracho, Departamento de Tinogasta, provincia de Catamarca, nacido el 3 de junio de 1895...

—Ahora recuerdo, madrecita, que en conversaciones, el finado padre solía decir que nació para las primeras heladas, precisamente en junio.

—Sin embargo, don Jaime, al ver que tanto lloraba, me dijo que tal vez te exceptuarían. Se ofreció para hacer las diligencias. Me pidió que, por mi parte, hablara al señor cura, que ahora anda en misiones por acá. Pueda ser que algo se consiga, aunque el plazo expira...

En efecto, la pobre madre, obsesionada ante la perspectiva de la separación, no descansó un momento, implorando protección al comisario, al cura y hasta a unos paseantes porteños que

habían ido a aquellas serranías en busca de salud.

Su argumento era simple: pocas palabras y muchas lágrimas...

—¡Señor! ¡Lleven a mi Aldo al servicio militar! ¡Interceda para que me lo dejen! ¡No nos separen así!

Tal era la súplica que a todas las personas influyentes del pueblo hacía la buena mujer ante la desgarradora visión de la partida.

Pero todo fué inútil. A los cuatro días Aldo tuvo que partir.

¡Qué adiós el de esos seres!

La madre, la víspera, le había preparado la ropa en un pequeño bulto. En una canasta puso algunas cositas para que comiese en el viaje.

—Ese es tu “avío”, hijo. Nada más tengo para darte... — decía la madre sintiendo por primera vez el dolor de ser pobre.

Aldo, antes de partir, la abrazó tiernamente y luego miró con honda pena el inmenso paisaje cordillerano, familiar a sus ojos desde los primeros años de la niñez.

—Volveré de aquí a un año... No la olvidaré nunca, madre.

Y como para acortar la angustia de aquella escena, abandonó resueltamente el rancho. Pero, al salir, sintió que un cuerpecito frágil se enredaba a sus pies.

—Tú también, galgo, me dices adiós... — y acarició a su perro que lo miraba con ojos tristes y buenos.

Aldo se alejó sollozando.

II

EL HÉROE

Transcurrieron once meses desde el día de la partida de Aldo. El servicio militar tocaba a su término.

Aldo, que había aprendido a escribir en el cuartel, así lo anunció a su madre en la última carta.

Pero, ese año hubo maniobras generales en el ejército. El Regimiento 17 de Infantería, en el cual Aldo cumplía el servicio militar, recibió órdenes del Comando para que se dirigiese al Departamento de Tinogasta, en simulacro de guerra. Tenía por objetivo simular una defensa en el paso de San Francisco, en la Cordillera de los Andes.

Aldo y sus compañeros de cuartel, después de once meses de instrucción militar, cumplirían con esa prueba práctica, la etapa final, previa al licenciamiento.

En la fecha señalada el Regimiento 17 partió para la penosa campaña.

Después de nueve días de viaje, durante el cual se sirvieron primeramente de trenes militares para continuarlo luego a marchas forzadas, llegaron a los contrafuertes andinos, donde debían desarrollar sobre el terreno su plan de guerra.

¡Qué lucha terrible la que se libraba allí entre el hombre y la naturaleza!

Cumbres, precipicios, vientos, sendas escuetas, desolación y... siempre después de cada nuevo

picacho, el murallón distante de los Andes, inmóvil e inaccesible. ¡Qué de sufrimientos y privaciones, hambre, sed y cansancio, debieron soportar aquellos denodados conscriptos! La niebla, como síntesis de todas las tristezas, cubríalos en un sudario gris.

En un cambio táctico de posiciones, diez conscriptos, entre los cuales se encontraba Aldo, recibieron órdenes de realizar un difícil reconocimiento.

Un oficial los guiaba en la delicada misión. Después de avanzar durante varias horas por un dédalo de montes, abismos y peligrosos desfiladeros, atacados por la puna que los asfixiaba, el grupo fué sorprendido por una tormenta. Dos compañeros se extraviaron en el laberinto de los cerros. Los gritos con que se los llamaba, repetidos por el eco, rebotando de montaña en montaña, eran al prolongar la queja, la voz misma de la angustia.

El oficial mandó que se disparasen algunos tiros de máuser de tiempo en tiempo, para orientar a los perdidos.

Todos los recursos resultaban inútiles.

Se intentó prender fogatas en las partes altas de las cuchillas, pero no fué posible encender las ramas húmedas. Mientras tanto la tormenta de nieve arreciaba, pertinaz, silenciosa, como para no perder tiempo en su obra de fría sepultrera. El oficial pensó en los viajeros extraviados que a menudo morían en aquellas soledades cubiertos por la nieve. Y comprendiendo que cada minuto perdido podía ser fatal, llamó a los ocho soldados, que agobiados por el frío y el cansancio,

apelaron a sus últimas fuerzas para cuadrarse, y díjoles:

—¿Quién de ustedes se anima a buscar a los perdidos?

—Yo — contestó Aldo con laconismo de espartano.

Y frenéticamente, como si en la sola pregunta ya hubieran venido envueltas la respuesta y la hazaña, se lanzó resuelto montaña abajo, perdiéndose en las fatídicas sombras.

Aldo conocía la Cordillera como un baqueano. Muchas veces la había cruzado acompañando a su padre para llevar ganado a Chile. Era además un rastreador agudo y perspicaz. ¡Cuántas veces en las cacerías de vicuñas, para sorprender las presas, debió guiarlas por senderos que sólo él conocía, hasta encajonarlas en un abra sin salida!

Por eso cuando aquella noche Aldo se encontró a solas frente al misterio de la Cordillera, empezó a develarlo con esa seguridad casi mecánica o instintiva con que un niño va tocando los resortes de su juguete favorito.

Después de varias horas de atareada búsqueda encontró el rastro de los extraviados. Desde entonces empezó a marchar con más sigilo, agudizando sus finos sentidos. De pronto percibió débiles voces de auxilio que salían desde una especie de gruta próxima. No había momento que perder.

¡Eran ellos! ¡Sus compañeros perdidos! Agotados por el cansancio, buscaron el refugio natural que formaban varias peñas para defenderse del “viento blanco”. Pero la racha de nieve, arremolinándose pertinaz, martirizaba

sus rostros y sus manos, picándolos con su polvo de vidrio molido. Allí, uno junto al otro, esperaban la muerte, con sus miembros entumecidos y amoratados.

Aldo, que ya otras veces auxiliara a viajeros que se habían helado en la Cordillera, rápidamente recogió un puñado de nieve, y con ella empezó a friccionarlos con todas sus fuerzas. Confiado en la eficacia del procedimiento, continuó por espacio de media hora el original cepilleo, experimentando la sensación de que la nieve quemaba sus manos. Al fin sus compañeros reaccionaron. En seguida los reanimó con el aguardiente de su cantimplora. Y luego, sirviéndoles de guía, llevándolos largos trechos a la espalda cuando desfallecían, pudo hacerlos llegar al puesto avanzado donde los esperaban consternados el oficial y sus compañeros.

La hazaña de Aldo cundió por el ejército arrancando palabras de admiración y de afecto. El jefe dispuso condecorarlo en premio de su meritoria acción. Cuando las maniobras terminaron, antes del regreso, se reunió la tropa en la placita de Tinogasta, para que Aldo recibiera públicamente la distinción que se le otorgaba. ¡Qué ceremonia emocionante en su sencilla austeridad! El Regimiento 17 se formó en cuadro, en el centro los oficiales y al fondo la guardia vieja del batallón.

Los clarines dieron al aire sus claras dianas de bronce. Aldo avanzó tembloroso, conmovido, húmedos los ojos. Pero, de pronto se notó un desorden en las filas, produciéndose un raro movimiento como si alguien fuera cortando las recias hileras de los soldados en formación. Y

en efecto, no tardó en verse a una pobre mujer, que llegaba anhelante, abriéndose paso a través de los conscriptos y con los brazos tendidos hacia Aldo.

—¡Hijo!... ¡hijo!

—¡Madre, madre mía!...

Ambos se abrazaron sollozantes, con ese cariño entrañable que la separación había hecho aún más acendrado y puro.

El jefe respetó en silencio aquella escena de intenso amor y luego, dirigiéndose a la madre de Aldo, mientras colocaba la medalla en el pecho de éste, díjole:

—Señora, usted dió al Ejército un hijo y el Ejército le devuelve un héroe.



TRÍPTICO

El ombú, la flor del ceibo y el hornero han sido proclamados símbolos de la nacionalidad. Son el árbol, la flor y el ave que más hondo arraigo tienen en el sentimiento popular. Forman el Tríptico emblemático que define y condensa el alma argentina. Describámoslos, pues, y destaquemos sus virtudes para explicarnos por qué han merecido tan alta consagración.

EL OMBÚ

En la pampa, el ombú es un presente providencial. Interrumpe la monotonía de la llanura

brindando sombra cordial al viajero. Son las postas de esa inmensidad.

No tiene la esbeltez graciosa de las coníferas ni la opulenta majestad de los árboles de las selvas tropicales.

Util sin ser presuntuoso, no busca la altura, prefiriendo extender horizontalmente sus ramas como en anticipado abrazo de pródigo amigo.

De por sí es un rancho. De tirantería cimbreante y de frondosa bóveda, forma un techo vivo, donde cada hoja hace las veces de la ensamblada teja en las casitas coloniales. Sus raíces sobresalen de la tierra asomando a la redonda en nudos tortuosos, cual si la planta quisiera, como en los carretes, buscar su estabilidad igualando la extensión de su copa y de su base.

Su madera es blanda y fofa. De ahí que al ombú, que infaliblemente suele sombrear el rancho del paisano, se lo vea acribillado de clavos, de los que cuelgan ollas, cucharones, tarritos conteniendo las mixturas de cocina, frenos, lazos y el farol. Hace las veces de una pintoresca percha de pie.

Crece aislado. No forma bosque. Y dijérase que la pampa respetara el señorío del árbol, osando apenas alfombrar de césped su infinita perspectiva.

En el centro del corral de los terneros, un ombú joven suele radiar su seda a manera de una verde sombrilla. Los muchachos hacen servir su tronco de palenque, cuando no de improvisada defensa para escurrir el topetazo del torito bravo.

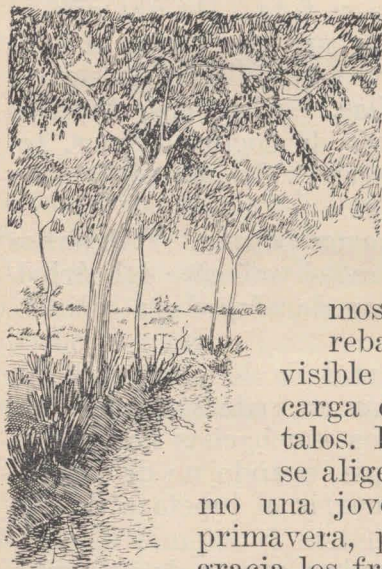
Para los bailes, la sombra espesa de un ombú

es el toldo preferido. Y hay algo de la bonachona filosofía del gaucho viejo en el sereno amparo que el árbol presta a la tumultuosa alegría del pericón.

Grábanse a cuchillo en su corteza, refranes, versos y simbólicos dibujos, en los que busca forma y expresión el amor de los paisanos. Es el álbum de la pampa. Pero, por desgracia, al renovar su corteza, este libro cambia de hoja, borrando todo lo escrito en la anterior...

El ombú no da leña, ni frutos ópimos, ni flores bellas. Como un zig-zag en la llanura, forcejeando en la sinuosidad de una S después que lo azotó el pampero, siempre prodiga sombra tranquila.

Es el solitario patriarca de la inmensidad.



LA FLOR DEL CEIBO

Entre juncos y lianas, en los islotes del Paraná, suele destacarse bizarramente un ceibo secular. Cuélganle sus flores en apretados racimos rojos. Son cestas que rebalsan, hasta hacer invisible el mimbre, la excesiva carga de sus sangrientos pétalos. Dijérase que la planta se aligerara de sus hojas, como una joven de sus vestidos en primavera, para lucir en toda su gracia los frescos y floridos ramos.

¡Y qué cuadro de salvaje e imponente belleza, cuando en un rincón del Delta nos extasiamos ante un ceibo, al que el sol le incendia la roja antorcha de su copa!

La flor del ceibo no tiene perfume ni la suave delicadeza de tonos para adornar un búcaro o sonreír en un ojal. Rústica y de violento colorido, no se aviene con la fina exquisitez del ramillete. Todo el árbol le sirve de florero gigantesco para exornar la vastedad de la selva.

¿Y por qué no tendrá fragancia? Tal vez, cuando Obligado la cantó con tanto amor y ternura, la flor, agradecida, habrá exhalado todo su perfume en los versos inmortales del poeta...

¡Flor del ceibo! En ti se encarna la sangre de la raza. Por eso el Paraná abraza el macetón de cada islote en que te yerques y te arrulla con el himno eterno de sus olas!

EL HORNERO

Pájaro no más grande que el puño de una persona, ceñidito y airoso de cuerpo, camina tranqueando alto, en armónicos movimientos del cuello y de la cola. La afectación de su paso, en braceo acentuado, se debe a que tiene que ir despegando las patitas del barro, sobre el cual se ve obligado a caminar muy a menudo, para batir la mezcla con que ha de hacer su nido.

Es de un marrón brillante en el lomo y las alas, tinte que se aclara, tirando a blanco, en la garganta y el vientre.

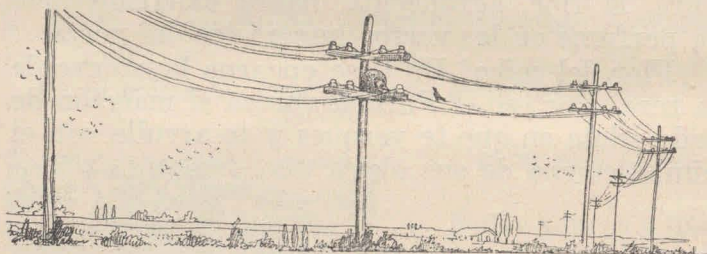
Compárase su canto a una carcajada espontánea y tumultuosa; dijérase que es tal la alegría

del ave que su canto es sólo un pretexto para reír...

Andan en casales y es difícil distinguir el macho de la hembra, pues ellos se reparten tan bien el trabajo y son tan semejantes en el plumaje, que el varón, a diferencia de lo que ocurre en los otros matrimonios alados, no tiene privilegio de traje, de voz ni de fuerza.

El nombre les viene de la forma que dan a su nido: la de un horno.

En las provincias del Norte se les llama “albañiles”, título al parecer de más categoría, pero



que en realidad es tan modesto como el de hornero, pues toda la ciencia de un albañil en provincia no le sirve muchas veces para construir un horno...

¡Y hay que verlos trabajar! Son a la vez arquitectos, albañiles y elegantes tapiceros. Plano, mano de obra y decorado interior, su bóveda es todo un modelo de previsión, seguridad y elegancia. Prefieren levantar su nido en las cercanías de las lagunas, estanques, acequias o sitios donde la existencia del agua les permita amasar fácilmente el barro. Luego buscan un árbol ni muy frondoso para que el sol penetre hasta sus ramas ni tan desnudo que exponga el

nido a todos los rigores de la intemperie. Después orientan con inteligencia su palacete de terrón, de modo que ni mire al sol de frente ni su puerta esté de cara al viento. Y como en esos dominios la municipalidad no dicta ordenanzas ni temen el reclamo de los vecinos, lo orientan a su albedrío, de costado al sol y de espaldas a las corrientes de aire. ¡Y qué traviesos caprichos demuestran a veces para emplazar su sólido ranchito! No respetan ni las estatuas de los paseos, complaciéndose, al parecer, en que sostenga su hemisferio nada menos que la abierta mano de un inmortal...

Los viajeros, al pasar en el ferrocarril, suelen ver uno de estos sombreritos en cada poste del telégrafo y entonces los pájaros semejan solícitos telegrafistas en su casilla transmitiendo quién sabe qué despacho urgente...

Con sus plumas más suaves, briznas y pajitas, tapizan el interior de la blanda cunita donde han de crecer más tarde sus polluelos.

Son incansables; construyen una nueva casita por nidada. La anterior la legan sin escrituras al primer ocupante... ¡Y aquí son las peleas de los conquistadores! Tordos, chingolos, ratones y avispas, se trenzan en batallas... ¡Cuántos espontáneos herederos para disputarse las tibiezas de un horno, suave como un plumón y seguro cual una torre feudal!

El hornero es el ave nacional. Pájaro festivo y artista. Símbolo del trabajo honrado y del más puro amor hogareño.

SOLEDAD

Estoy solo en mi casa, en nuestra vieja casa,
no podría decir qué demonios me pasa.

Ando de un lado al otro como ánima en pena.
He olvidado las horas del almuerzo y la cena.

En realidad, mi humilde persona a nadie espera,
mas me paso las horas sentado en la tranquera,
mirando las montañas o el camino desierto,
pensando cosas trucas, inmóvil como un muerto.

Mi perrazo lobuno me sigue cauteloso,
diciéndome muy serio: “¡Algo tiene este mozo!”

¡Algo tengo, en verdad! ¡No estás tú, niño mío;
y sin ti, nuestra casa es un mundo sombrío!

Ayer, sobre unas hierbas, hallé tu barquichuelo.
¡Lo demás, hijo mío, lo sabe mi pañuelo!

ALFREDO R. BUFANO.

SEAMOS SOCIABLES

La urbanidad expresada en actos y palabras enaltece al que la practica, atrayendo la afectuosa simpatía de sus semejantes. Y no se necesita ser rico ni poseer una cultura superior para adquirir ese don de gentes, tan grato en sus manifestaciones cordiales y sencillas.

La corrección en el vestir, el vocabulario discreto, la deferencia a la mujer y el saber adaptarse con oportunidad a las condiciones de lugar y ambiente, realzan nuestra persona, comunicándole esa invalorable virtud de armonizar agradando en el medio en que se actúa.

Y cuando el gesto delicado y atencioso proviene de una persona de condición humilde, tanto la eleva, que tiene para quien lo recibe algo de la amable severidad de una lección.

Por eso ¡cuán gratamente impresiona un modesto obrero, cumplido y gentil ante todo, llevando su blusa azul con natural y tranquila entereza, como expresión de su noble vida de trabajador honrado!

Ocurre, sin embargo, que muchos obreros descuidan la moderación en el lenguaje y en los

modales, atribuyendo a mérito su desenfadada rudeza, a la que extralimitan a designio.

Y lo que es peor, pareciera que se sintiesen acortados e incómodos en los lugares de esparcimiento o de cultura, donde se hace vida de relación, donde se alterna en sana espiritualidad, dentro de lo urbano y lo correcto.

Dijérase que ellos considerasen su áspera incivilidad como característica implícita a su condición de trabajadores.

¡Y pensar cuánto ganaría en felicidad el hogar de un obrero, en amor y dulzura su esposa y tiernos hijos, si él practicara siempre un trato suave, invariablemente ejemplificador en su bondadosa rectitud!

¡Cuánto se purificarían los sentimientos de su corazón y cómo embellecería su propia vida si asistiera a los espectáculos cultos, a las reuniones instructivas y a los lugares donde el uso de las buenas maneras no es sino el afecto mutuo traducido en formas bondadosas y simples!

PLEGARIA DE LOS MUERTOS POR LA PATRIA

Que la gratitud y la justicia den a mi palabra la más solemne acentuación para rezar la plegaria de los muertos por la Patria. Y que mi voz, sincera como una profesión de fe, vaya a interrumpir el silencio de sus tumbas, llevándoles con timidez de ofrenda mi conmovido homenaje de patriota.

¡Muertos por la Patria! Los sacrificios que realizasteis no fueron vanos; la patria ensoñada avanzó en radiantes primaveras; y las generaciones del presente, en el jubileo de la vendimia, bendicen vuestros manes, por la fe, por el amor con que sembrasteis.

Soldados que caísteis haciendo cabezal de vuestras armaduras; pensadores que disteis dogma a la Revolución y principios a la libertad; políticos que fundasteis la República y preparasteis las democracias para que ésa República se salve; artistas que rimasteis la leyenda del coraje y presentisteis las nuevas auroras; héroes anónimos, oscuros obreros que en el dolor diario fundisteis gramo a gramo el bronce de la gloria común, ¡levantaos todos de vuestros sepulcros para contemplar el altísimo prodigio! ¡A la perfecta imagen de la Patria ensoñada superó la gloria cabal de la Patria realizada! El inmenso trigal maduro finge el milagro de hacer

espigar el sol; la selva virgen, como un templo pagano, quema entre sus columnas de roble el incienso de sus perfumes; los ferrocarriles plasman la unidad definitiva de la República ajustándola entre sus cintas de acero; la urbe populosa trabaja, trepida, jadea, transforma, produce y como para tomar aire a cada nuevo impulso, se empina en un incesante frenesí de cielo; y todos los proscriptos del mundo llegan en peregrinación devota a esta tierra de los mártires que aseguraron el culto de su inmortalidad al fundar su propia Jerusalén.

Y en mi invocación no puedo olvidaros a vosotras, patricias argentinas, que tan convencidas estabais del encanto irresistible de vuestras gracias y tan identificadas con la gesta heroica, que obligabais a vuestros pretendientes a demostrar con hazañas de patriotas lo que valían sus quereres de galanes...

¡Muertos por la Patria! Desde el fondo del pasado seguid modelando el corazón de la joven República, para que las razas, las lenguas, los credos, las doctrinas, los sistemas que chocan y bullen como en un cráter inmenso, no debiliten el alma nacional, sino que la integren en suprema unidad, de la misma manera que en la triple conjunción encuentra su virtud el granito!

¡Muertos por la Patria! Aceptad esta humilde plegaria que brota incontenible de todos los pechos argentinos; en la seráfica advocación de las madres, en el musitar candoroso de los niños, en la varonil consigna del soldado y en las marselesas de paz de los obreros, para que os lleve como en un hálito bíblico el testimonio auténtico y definitivo de la gratitud de un pueblo!

ALMA PROVINCIANA

¡Oh alma provinciana,
sombra de los rincones olvidados,
evocación de edad que es muy lejana,
soledad de los sitios sosegados,

estancias silenciosas,
escala dolorida de la hiedra,
suave humildad de las sencillas cosas,
tapias verduscas, corazón de piedra,

almas de las consejas
junto al hogar de placidez nocturna,
muda ternura de las cosas viejas,
ciudad humilde, simple y taciturna:

Sé siempre bendecida,
en el claro reir de la mañana
y en las últimas tardes, en la vida
y en la muerte, ¡oh alma provinciana!

Feliz quien nace y muere
bajo la mansa luz del mismo cielo:
si en los zarzales el dolor le hiere
sus lares le propician el consuelo.

Si alguna vez respiro
distante del amparo de mis lares,
he de tornar en alas de un suspiro
a aspirar el solaz de estos lugares.

Mi espíritu abrumado
por el hastío de la vida vana
volverá a confortarse en tu apartado
nido de paz, ¡oh alma provinciana!

Tus amados recuerdos
pasarán uno a uno por mi mente
en desfilar de pensamientos lerdos,
reviviendo a la gracia de tu ambiente

como el manojito tierno
de flores que murió en la rinconera,
abierto en la velada del invierno
trae un lejano olor a primavera.

Evocaré en la ausencia
la inefable emoción del tiempo ido,
porque todo mi ser está en la esencia
de estas cosas queridas difundido:

La casona desierta,
las higueras del patio, la fragancia
de la vid, el portillo de la huerta,
el blanco amor que sonrosó en la infancia.

Acude enhorabuena
calma la fiebre de mi frente, sana
todo mi mal, mi corazón serena,
rejuvenéceme, alma provinciana.

Esta flauta sencilla
que he tañido en la huerta virgiliana
sobre la húmeda hierba de la orilla
de las acequias, alma provinciana,

por ti tuvo sonido,
cantó las dulces cosas familiares:
la depongo en tu seno agradecido,
¡guárdala en la quietud de estos lugares!

No llevaré en la mano
las alforjas del viático vacías;
cargaré las cosechas del verano,
las fragantes vendimias de mis días.

Marcharé con el oro
del racimo apretado de ilusiones,
dejando sobre el céfiro sonoro
el lánguido morir de mis canciones.

Cuando ya parta lejos
bajo la tarde por la senda arcana,
envuélveme en tus últimos reflejos
de claridad, ¡oh alma provinciana!

ATALIVA HERRERA.

(De su libro *Paz Provinciana*).

EXHORTACIÓN

A vosotros, extranjeros, que modestamente ocupáis algunos bancos en nuestras Escuelas de Adultos, van dirigidas estas sencillas y afectuosas palabras.

Hacéis bien en completar vuestra cultura, asistiendo con regularidad a estos cursos nocturnos, porque así elevaréis vuestra personalidad, adquiriendo nuevas aptitudes para desenvolveros con eficiencia en las luchas del pensamiento y de la acción.

Tratad de aprender cuanto antes y correctamente nuestro idioma, escrito y hablado, pues además del vínculo emotivo y cordial que el lenguaje común crea entre los hombres, encontraréis en nuestra lengua las más puras vibraciones del sentimiento y la belleza.

Tratad de adaptaros a nuestros hábitos, modelando vuestro sentir y obrar de acuerdo a nuestras condiciones de raza y ambiente, para que así vuestra vida, identificada momento a momento con la nuestra, defina el amor que profesáis a esta patria adoptiva.

Esforzaos por formar una familia argentina, para que vuestros hijos constituyan el lazo sagrado que os una a esta tierra con todas las afectaciones del corazón y del espíritu.

Interesaos por la defensa y el respeto de

nuestras instituciones que amparan todas las libertades humanas.

Participad en nuestra vida democrática, en la formación de nuestro gobierno, obteniendo la Carta de Ciudadanía, con la cual estaréis capacitados para elegir a los mejores o para ser elegidos si fueseis los mejores.

Tened siempre presente que la República Argentina no sólo está constituida por la Capital Federal, sino que restan catorce provincias y diez gobernaciones, que brindan innumerables facilidades y ventajas para el triunfo de vuestros afanes. Descongestionad, pues, la Capital Federal, donde el hacinamiento y la competencia limitan todos los horizontes y marchad resueltos a poblar las llanuras y montañas del interior de la República. Allí es donde vuestra obra hace falta; donde ese tesoro de civilización, hábitos y aptitudes superiores que traéis desde las naciones de las cuales emigrasteis, tendrán la virtud de fecundar el agro, multiplicar el ganado, difundir las ciudades y perfeccionar al nativo.

Recordad, en fin, que vosotros los extranjeros, tenéis una gloriosa tradición en la República Argentina, en sus luchas por la libertad y la cultura. Antes de la Revolución, el francés Liniers fué el héroe de la integridad de esta patria embrionaria; después Brandzen y Brown se batieron por ella en la tierra y en el mar; y nuestros primeros sabios y artistas, industriales, comerciantes y técnicos, muchos de nuestros grandes maestros en todos los campos de la idea y de la acción, fueron extranjeros también.

Seguid, pues, al amparo de esa tradición y enaltecedla.

LA CARTA DE CIUDADANÍA

I

Los extranjeros, en la República Argentina están, en cuanto al ejercicio y goce de los derechos civiles, en situación idéntica a los nativos.

El carácter netamente liberal de nuestra Constitución y el interés mismo que para nosotros hay en poblar el extenso territorio que poseemos, influyeron para que el inmigrante tenga esa posición de privilegio, que no le ofrece ningún otro pueblo de la tierra. Y así, al estímulo de esta legislación benévola, hemos recibido en los últimos setenta años un aporte tan considerable de extranjeros, que se han modificado los términos de nuestro problema social. Nuestra preocupación ya no sólo es “poblar”, sino también “asimilar” al inmigrante. Hacerlo argentino, incorporarlo decisivamente a nuestra estructura nacional, para que sea nuestro por su alma y por sus sentimientos, más que por el aporte puramente económico y material de su trabajo.

Según el censo de 1914, la población de la Capital Federal era de 1.575.814 habitantes, de los cuales los extranjeros sumaban 777.845 y los ar-

gentinos 797.965. ¡Casi en proporción igual! Y si constituímos una democracia, ¿cómo no inquietarnos si la mitad de los habitantes no pueden emitir su voto por ser extranjeros? Y de ahí que el extranjero mismo, como una demostración de gratitud y de respeto a las instituciones de un pueblo que le otorga todas las garantías y le abre los más halagüeños horizontes, tenga el deber correlativo de obtener cuanto antes su Carta de Ciudadanía, para mantener en toda su pureza el régimen democrático argentino.

II

¡Cuán sencillo resulta entre nosotros obtener la Carta de Ciudadanía! La reglamentación que existe al respecto no puede ser más simple ni menos exigente. Desde la gratuidad del trámite hasta la prontitud del despacho, todo propende a facilitar la obtención de nuestra ciudadanía. En efecto, la Ley N° 346, en su artículo 2°, sólo pide que el extranjero tenga 18 años cumplidos y dos de residencia en la República. Y aun, este último requisito queda sin efecto en caso de que el solicitante haya desempeñado empleos de la Nación o de las Provincias, hubiera establecido en el país alguna nueva industria o invención útil.

Los extranjeros deben presentarse a los jueces federales de sección, manifestando su voluntad de ser ciudadanos argentinos, con los cinco documentos siguientes:

1° Certificado de buena conducta.

2° Partida de nacimiento (legalizada y traducida).

3º Certificado de la Dirección General de Inmigración.

4º Certificado de trabajo.

5º Certificado de domicilio.

Previo examen de su validez y prestado un juramento, se les otorga la Carta de Ciudadanía.

III

Y si son tan generosas nuestras leyes en cuanto a la liberalidad con que conceden este precioso privilegio y si tantos son los bienes que él aporta al que lo obtiene, ¿por qué no es mayor el número de los extranjeros que se naturalizan?

La respuesta es sencilla. Unos no lo hacen por negligencia. ¡Criticable descuido! ¿Pues cómo justificar que haya extranjeros indiferentes con respecto a un hecho capital, que completa su personalidad de hombres libres, habilitándolos para actuar en el Estado con toda la plenitud de sus derechos?

Otros extranjeros no se naturalizan por egoísmo. Ellos razonan en la siguiente forma: si no teniendo Carta de Ciudadanía gozamos de todos los derechos civiles, garantías y libertades suficientes que nos permiten hacer fortuna, ¿para qué obtenerla? Los que así piensan retribuyen con una mezquindad la ofrenda espléndida que nuestra Constitución les otorga. En Estados Unidos de Norte América, los extranjeros no gozan de todos los derechos civiles hasta tanto no se ciudanizan; y si nosotros, por ser más liberales, no mutilamos el ejercicio de esas garantías, ¿recogeremos por eso los resultados con-

traproducentes que allá se los evita por medio de la dureza de la legislación? No. Es necesario que el extranjero haga hablar a su conciencia. Urge que comprenda el deber moral que sobre él gravita de incorporarse a nuestra vida orgánica de Nación, para ser útil no sólo como brazo y cerebro productor, sino también como ciudadano íntegro y capaz, a fin de que actúe en las luchas cívicas, baluartes de todas nuestras libertades.

Una vez obtenida la Carta de Ciudadanía, su situación es prácticamente mejor que la del ciudadano nativo. Según el Art. 21 de la Constitución está eximido de ciertos deberes que irremisiblemente alcanzan a éste, tal como ser libre de prestar o no el servicio militar, por el término de diez años, cuando deba armarse en defensa de la República.

Desde los comienzos de nuestra vida nacional, aun en la guerra misma de la Independencia, cuando podríamos abrigar justos recelos hacia los extranjeros, supimos adoptar, sin embargo, una política de liberalidad y de tolerancia. La primera Carta de Ciudadanía le fué otorgada al súbdito inglés Roberto Billinghamurst, por decreto del 29 de noviembre de 1811. Y desde entonces no hemos hecho sino acentuar ese concepto de hospitalidad y de respeto hacia el extranjero, para asimilarlo espiritualmente, rodeándolo a la vez de todas las garantías que aseguren su situación legal.

Muchos de ellos proceden de patrias donde gobiernan reyes, donde los odios de clase y de raza, las viejas rencillas de religión y los seculares pleitos internacionales, conspiran contra

la paz de los pueblos y la fraternidad de los hombres. ¿Por qué entonces no hacerse ciudadanos argentinos si aquí la libertad de conciencia impera, si formamos una democracia en que cada ciudadano es respetado en su voluntad de elector y si ostentamos una Historia que en la guerra continental sólo dejó por fruto la independencia de los pueblos y definitivamente formadas con todos sus atributos propios las nacionalidades americanas?

DESTINO SOCIAL DE LA RIQUEZA

Si examináramos las causas que motivan el portentoso progreso de los Estados Unidos de Norte América, encontraríamos como un factor ponderable las grandes donaciones y cuantiosos legados que sus hijos hacen a la Nación. El Estado dispone así, por el milagro de la filantropía privada, de fortunas poderosas, para invertir las en las obras más diversas. Su civilización se idealiza y se depura por los que despojándose de todo egoísmo, dejan su tesoro para ser empleado en finalidades generosas y nobles.

Este rasgo, tan común allí, que se lo considera como una modalidad propia del pueblo yanqui, tiene su explicación no sólo en los sentimientos altruistas, sino en un concepto de justicia social. Quien ha labrado su fortuna merced a las garantías que el Estado le otorga y teniendo como colaboradores a sus conciudadanos, bien hace en devolver a la comunidad una parte del fruto que ella contribuyó a formar.

Hospitales, escuelas, institutos, campos de atletismo, premios para los grandes inventores, mejoras de los servicios de asistencia pública y de previsión social, colecciones artísticas y bibliotecas famosas, ¡cuántas obras de esta índole existen en Norte América merced a las donaciones particulares!

Es que el acendrado patriotismo de los yanquis los lleva al convencimiento de que el progreso de la República no puede quedar únicamente librado a la acción tutelar del Estado.

Comprenden que la ley sólo exige un mínimo de obligación, quedando todavía un amplio

campo para que se manifiesten las inclinaciones generosas y humanas. De ahí que cada ciudadano sienta el imperioso deber de contribuir espontáneamente en la medida de sus recursos al bienestar común, practicando así el más bello concepto de solidaridad social.

En la República Argentina empieza a echar raíces una modalidad semejante. Numerosas escuelas e institutos, muchas salas de nuestros hospitales y museos, llevan el nombre de los benefactores que los crearon con sus recursos privados.

Y en esta nueva corriente, resalta una característica simpática: los legados son hechos muchas veces por extranjeros, inmigrantes que un día llegaron pobres a nuestras playas, y que al labrar aquí su prosperidad y su fortuna, quisieron rendir así un homenaje de gratitud a esta tierra hospitalaria y generosa. Igual ejemplo de patriotismo se nota en los argentinos que, dueños de grandes riquezas, prefieren visitar en sus excursiones de turismo nuestros cómodos balnearios, los maravillosos lagos de la Patagonia, las cataratas del Iguazú, o los sitios veraniegos de Córdoba, tanto más bellos cuanto más grande es la sorpresa que sentimos al saberlos nuestros.

Comprendamos, pues, que a fin de que nuestra patria alcance cuanto antes una decisiva y firme potencialidad, cada argentino pudiente debe legar algo de lo suyo para contribuir al progreso y felicidad de sus conciudadanos, comprometiéndolo a las nuevas generaciones a que superen y perpetúen ese patriótico esfuerzo.





INDICE

	Pág.
Prólogo.....	5
Una reliquia.....	9
Carta.....	12
Carta.....	16
Ahorro inteligente.....	21
La flor del aire.....	25
"El Adulto".....	27
Cántame tu canción. — <i>V. C. Cambón</i> (poesía).....	31
El obsequio	32
Un error y una verdad.....	35
Fábula campera.....	38
La casita propia.....	41
El día de los trabajadores.....	45
Departamento Nacional del Trabajo.....	47
Sierra. — <i>Margarita Abella Caprile</i> (poesía).....	52
Buenos y malos periódicos.....	53
Cielito de la Independencia (poesía).....	56
Escuela de Artes y Oficios.....	58
De la inmigración.....	61
Un 25 de Mayo en la aldea.....	64
El cooperativismo.....	67
La palomita de la puñalada.....	70
Pluralidad de oficios.....	72
El obrero. — <i>Alfonsina Storni</i> (poesía).....	75
El puente de la esperanza.....	76
El Día de la Madre.....	81
Un prejuicio.....	83
Amor hacia América.....	87

	Pág.
Industrias nativas.....	89
Patria.— <i>Arturo Capdevida</i> (poesía).....	92
Higiene del taller.....	95
El cumpleaños de doña Juana.....	99
La silla que ahora nadie ocupa.— <i>E. Carriego</i> (poesía)....	105
Civismo.....	106
Estudios morales.....	110
Inventos argentinos.....	111
Por la buena música.....	115
Defensa social.....	117
La viña virgen.— <i>Fernán F. de Amador</i> (poesía).....	119
Diario de una excursión.....	120
Sermón laico.....	125
La Recoleta.....	128
Nievecita de los campos.— <i>J. C. Dávalos</i> (poesía).....	130
Por nuestros niños.....	131
Donde las dan las toman.....	135
El servicio militar.....	138
Tríptico.— El ombú.....	146
— La flor del ceibo.....	148
— El hornero.....	149
Soledad.— <i>Alfredo R. Bufano</i> (poesía).....	152
Seamos sociables.....	153
Plegaria de los muertos por la Patria.....	155
Alma provinciana.— <i>Ataliva Herrera</i> (poesía).....	157
Exhortación.....	160
La Carta de Ciudadanía.....	162
Destino social de la riqueza.....	167

